



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 44. — Madrid 15 de Setiembre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAN

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Cartas de verano*, por Nulemo.—*Crónica*, por D. D. Isern.—*¡Excelsior!* por Blas.—*San Agustín, gloria de sus hijos*, por M. N.—*El estilo moderno*, por D. Juan Bautista Lázaro.—*El árbol de la cruz*, por M.—*Los grabados*.—*Costumbres populares: La siega*, por D. Benigno Bolaños y Sanz.—*Revista de conocimientos útiles*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.
GRABADOS.—*Vista exterior del castillo de Frohsdorf, en la Baja Austria, donde ha muerto el señor conde de Chambord*.—*Portada y patio de la casa de Zaporta, más comunemente conocida por casa de la Infanta en Zaragoza*.—*La cámara mortuoria del señor conde de Chambord, en el acto de administrar al ilustre enfermo los últimos Sacramentos*.—*Nuestra Señora de la Salud de Barbatona*.

CARTAS DE VERANO

SR. D. MODESTO RIERA:



QUERIDO COMPAÑERO Y AMIGO: He retrocedido en mi excursión veraniega para asistir á la peregrinación anual de Nuestra Señora de la Salud de Barbatona, celebrada el día del Dulce Nombre de María en el santuario de este título, en el obispado

de Sigüenza. La fiesta de este año ha sido solemnísimá, porque las buenas cosechas han aumentado la concurrencia, que no habrá bajado de 8 á 10.000 almas.

Puedo decir á usted, mi querido amigo, que no he visto otra peregrinación más piadosa ni que haya arrancado á mis ojos más lágrimas de ternura y edificación; porque allí todo, absolutamente todo, es piedad, sin que los goces mundanos, aun los más lícitos y tolerables, tengan parte ninguna en la solemnidad y en la alegría de la fiesta. El pueblo donde se halla situado el santuario es pobre, árido, sin alamedas que engalanen sus montes, ni ríos que fertilicen sus angostos valles: se halla formado por veinte casas miserables, mal agrupadas sobre una colina, la cual se ve rodeada de incultas cañadas, que por carecer de bellezas naturales no tienen ni la severidad de los grandes riscos ni la melancólica perspectiva de los hondos barrancos sombreados por altos montes ó por bosques seculares. Si entre los santuarios

de España merece la primacía en lo pintoresco el de Montserrat, yo aseguro á usted que el de Barbatona ocupa el último lugar, porque difícilmente se citará otro que tenga menos atractivos naturales. Y, sin embargo, por mucho amor, por intensa devoción que inspire á los catalanes el bellísimo santuario de Montserrat, bien puede afirmarse, sin exageración, que no inspira más que á los hijos de este país el oscuro lugar de Barbatona.

De veinte y más leguas en contorno vienen á la *romería de la Salud* los fieles, por lo regular á caballo, aunque no faltan peregrinos que hacen el camino á pie y descalzos, movidos de una piedad profunda é incontrastable. Cuando llegan á dar vista al santuario, como las Cruzadas á la vista de Jerusalén, descubren sus cabezas, se postran en el suelo y comienzan á rezar el Santo Rosario, que vienen á terminar en el templo. Yo he visto, y no á mujeres, cuya piedad es siempre tierna y sensible, sino á hombres duros como la reja de su arado, curtidos



VISTA EXTERIOR DEL CASTILLO DE FROHSDORF, EN LA BAJA AUSTRIA, DONDE HA MUERTO EL SEÑOR CONDE DE CHAMBORD.

por el sol de muchos años, llorar como niños á la vista de Barbatona, conmovidos por el dulce amor de la Virgen, y postrarse delante de su altar con el fervor de sencillos y humildes anacoretas. Y al ver estas escenas he pensado que si un artista se considera altamente recompensado del trabajo de sus obras con interesar al público; si el que sabe arrancar una lágrima es un genio, ¿qué arte y qué genio son comparables con las bellezas de la Religión, que sin atractivos exteriores, sin apelar á efectos sensibles, de tal modo arrastra hacia sí los corazones de los hombres y hace derramar arroyos de lágrimas á las muchedumbres con sólo infundir en ellos el sentimiento de su amor y de sus misericordias?

He dicho á usted que la romería de Barbatona no tiene atractivos pintorescos, y ahora debo añadir que por carecer de todo lo que no sea piedad, ni los siglos, ni la codicia de los hombres, ni las sugerencias del celo indiscreto, han logrado quitarle su carácter exclusivamente religioso; pues ni es feria, ni mercado, ni fiesta de espectáculos, es únicamente romería piadosa, donde se va por visitar á la Virgen, por obsequiarla con oraciones y con limosnas, por cumplir votos, por beber el agua viva de la gracia en el manantial de las divinas mercedes.

Las funciones religiosas son: las Vísperas el sábado; la Misa solemne, la procesión y el Rosario el domingo, y la Misa de *Requiem* por los fieles y hermanos difuntos el lunes.

El sábado comienzan á descender á la caída de la tarde los peregrinos por las varias sendas y caminos de aquellos cerros en dirección al santuario. Visten todos los trajes del país, que en estas sierras se conservan todavía en uso, y así se ven brillar á los últimos reflejos del sol poniente los vivos colores de los pañuelos, chalecos y fajas, por lo regular rojos, amarillos y azules. La iglesia, que es espaciosa, de tres anchas naves, se va poblando de fieles, los cuales, después de saludar á la Virgen, salen á buscar en el campo un sitio donde descansar, convirtiéndose aquellos barrancos y valles en un inmenso campamento.

Ya entrada la noche, el repique de las campanas convoca á los peregrinos al templo, donde se cantan solemnemente las Vísperas. Al salir son las diez, y á la luz de los faroles con que está iluminado el templo, y este año á la apacible luz de la luna, se ve ir saliendo de la iglesia un inmenso cordón de gente, que, deshaciéndose en la plaza, llena con sus hilos todos los alrededores, cubiertos con una red de peregrinos, cuyas mallas se agitan con el movimiento de los que van y vienen en busca de sus respectivas familias y ranchos. Las llamas encendidas para hacer las cenas convierten el campo en un inmenso espejo, donde parecen reflejarse las estrellas del cielo, y el murmullo de tantas almas semeja el viento que agita los árboles de un bosque por el cual discurren muchos arroyos y se precipitan clamorosos torrentes.

Al rayar el alba todo el mundo está en pie, y desde la primera Misa se ve la iglesia llena de fieles que con ardiente devoción veneran á Nuestra Señora, encomendando á su maternal solicitud todos sus trabajos, sus esperanzas y sus temores, sus alegrías y sus tristezas, su salud, su vida y su muerte. La afluencia de peregrinos continúa en aumento, afluendo por todos los caminos como enjambres de abejas que vienen á libar la miel de las divinas misericordias encerrada en el corazón de la Virgen.

La función principal de este año ha estado particularmente solemnizada con la predicación del elocuente canónigo de Zaragoza, familiar del Eminentísimo Cardenal Benavides, D. Juan de Dios Nieto, el cual posee cualidades de primer orden para predicar en una fiesta de esta clase, donde se requiere gran fervor, ternura de afectos, viveza de imaginación, palabra ardiente y entusiasmo que refleje la devoción de la muchedumbre, inflamada en el amor de la Santísima Virgen.

El Sr. Nieto supo celebrar las glorias y las misericordias de María con tal elocuencia, supo cantar los triunfos de la fe con tan poderosos acentos, que la multitud se deshizo en lágrimas de ternura durante el sermón y prorumpió al concluir en gritos de entusiasmo.

El acto más conmovedor de la romería es sin disputa la procesión de Nuestra Señora, que se celebra después de la Misa mayor. He dicho procesión y he dicho mal, porque no es una agregación de personas que vayan unas detrás de otras; es una masa compacta de cuatro ó cinco mil personas que rodean las andas en que va la Virgen, y que se disputan la ocasión de acercarse á ella para marchar á su lado, tocarla con los pañuelos ó con los sombreros, y á ser posible llevarla en brazos y devorarla á besos. Por lo regular van delante varias personas descalzas, en cumplimiento de votos hechos en graves peligros, y hay años en que habiéndose librado alguno de una muerte próxima, por intercesión de

Nuestra Señora, acude á la procesión vestido con la mortaja, descalzo y con una vela en la mano.

La Virgen es conducida en triunfo á las afueras del pueblo para que bendiga con su presencia los campos, y desde allí vuelve á la iglesia, donde se verifica el desfile, ó como aquí se dice, la *adoración*, en que van pasando por delante de su trono los fieles y besándole el manto. ¡Con qué ternura se ejecutan estos actos de devoción! ¡Cómo lloran de alegría aquellas pobres gentes al verse en presencia de la *imagen de la Salud*! ¡Cuánta fe brilla en sus semblantes, y cuán puros deben ser á los ojos de Dios sus piadosos homenajes!

He llamado *pobres gentes* á los peregrinos, y debo insistir en este punto, porque este es uno de los rasgos que más caracterizan la romería de Barbatona. Entre ocho ó diez mil almas no he visto cincuenta señores; la multitud se componía en su mayor parte de pobres serranos, todos de calzón corto, alpagatas, en mangas de camisa y con pañuelo rodeado á la cabeza. Y es de advertir que este país es pobre, porque no tiene otra cosecha que los cereales, y casi todos los labradores labran tierras de renta. No obstante, estas pobres gentes, que trabajan como negros, que se mantienen de pan y patatas, que viven en miserables chozas, echan en el platillo de la Virgen cuantiosas limosnas y dejan en el granero del santuario muchas fanegas de trigo.

Es imposible que nadie, por duro que sea, pase media hora en el platillo sin que se le nublen los ojos de lágrimas. Allí se acercan pobres jornaleros que ganan la mitad del año cuatro ó seis reales de jornal, y depositan en el platillo dos, tres ó cinco pesetas. Las limosnas de á duro habrán pasado este año de ciento, y por regla general las de plata son más abundantes que las de calderilla. Bastará decir que se han recogido en dos días más de nueve mil reales y se acercaron á doscientas las fanegas de trigo.

Con estas limosnas se atiende al culto continuo de Nuestra Señora y se hacen mejoras en el templo, que es ya uno de los principales del obispado de Sigüenza. Este año se ha comenzado á construir un magnífico cobertizo, que á semejanza de los que hay en otros santuarios célebres, sirva, en años de lluvia, para cobijar á los peregrinos, que hasta ahora pasaban la noche de las Vísperas acampados. El mayor-domo perpetuo, D. Antonio Fernández, es un católico activo, celoso é incansable en el servicio de Nuestra Señora, y el Abad, D. Juan Raposo, arcediano de Sigüenza, uno de los sacerdotes más dignos, en todos conceptos, de la diócesis: con tan buenos directores, excusado es decir si mejorará el santuario y se invertirán acertadamente las cuantiosas limosnas de los fieles.

El día de la fiesta termina con el Rosario de la tarde, después del cual comienzan á marcharse los fieles á sus respectivos pueblos formando pintorescas caravanas, que llenan de animación los valles, montes y vericuetos de este país tan quebrado. Y á diferencia de lo que sucede con las fiestas profanas, que alegran en perspectiva y mientras duran, pero dejan luego abatimiento y desencanto cuando pasan, aquí la alegría, la expansión, el regocijo viene después de la fiesta, cuando el corazón ha saboreado el néctar de los divinos amores y la piedad de los fieles ha cumplido sus votos. Todos regresan á sus casas gozosos y satisfechos; todos llevan con la *estampa* de la Virgen una prenda de futuros beneficios; todos sienten en el alma la inefable delicia de haber cumplido con la gratitud de constantes favores y de haber renovado los lazos de alianza con la Madre de todas las gracias.

Presenciando ayer la romería de Barbatona, viendo aquel concurso de infelices labradores agrupados en derredor de Nuestra Señora de la Salud, con la ardiente fe de nuestros padres y el entusiasmo que sólo la Religión inspira, pensaba yo en el contraste que ofrecen en la sociedad moderna las clases ricas que habitan en las grandes ciudades, con las clases pobres que viven en los campos. Mientras que la relajación de costumbres, la indiferencia religiosa y las ideas demagógicas van apoderándose de aquellas; la fe cristiana, la honradez de costumbres y el apego á las tradiciones nacionales se conservan todavía en estas últimas, condenadas por la revolución, acaso por esto mismo, á la esclavitud y á la pobreza. Los ricos se alejan de la Iglesia, en tanto que los pobres rodean los altares para regar las ruinas de la Religión con las lágrimas de su miseria.

En los pasados siglos se invertían en el culto divino grandes sumas, porque los ricos eran los primeros en dar ejemplo de devoción y de caridad; pero hoy sucede todo lo contrario: los grandes capitales más bien se emplean en servicio de la revolución que en el culto de Cristo, siendo los pobres los más dadvivos y los que ofrecen mejores rasgos de caridad y de sacrificio.

En el santuario de Barbatona, gracias á la piedad de los pobres, nada se echa de menos ni en el decoro del templo ni en el culto de Nuestra Señora; pero aun siendo maravillosas las limosnas que se recogen, atendida la condición de los donantes, nunca bastarán para hacer de la *iglesia de la Salud* uno de aquellos monumentos artísticos que nos legó con tanta profusión la Edad Media. Cubierta ésta interiormente de ex-votos, más de quinientos cuadros cuelgan de sus muros, y aunque son la expresión genuina de una piedad profunda, están muy lejos de parecerse á las pinturas que para representar milagros supieron ejecutar los siglos pasados. Yo me he recreado, digo poco, me he sentido edificado en presencia de esos cuadros tan rudos y disparatados en el dibujo y en la composición; pero no dejo de conocer que esas obras piadosas, ejecutadas hace dos ó tres siglos y costeadas por la devoción de personas ricas, hubieran sido obras de arte, dignas de las bellezas del culto católico. Hoy, al ver esos cuadros, no puedo menos de recordar las rudas pinturas de las Catacumbas, y me parece ver á la Iglesia en el camino de la persecución y á los cristianos en el del martirio.

Si es así, la sociedad pagará el pecado de su apostasía, más terrible aún que el que sufrió la sociedad pagana con la irrupción de los bárbaros, y la Iglesia, sin otro apoyo en la tierra que el de los pequeñuelos y los pobres, triunfará de nuevo de todos sus enemigos y dará días de paz á la sociedad europea.

Yo no sé si el socialismo llegará á cumplir sus amenazas, aunque veo en él la sombra de Atila, que fué el azote de Dios; pero indudablemente, el Señor, cuya *misericordia se extiende de generación en generación*, es hoy el mismo que en otro tiempo. *Extendió el brazo de su poder y dispuso el orgullo de los soberbios, trastornando sus designios; desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes; á los necesitados llenó de bienes y á los ricos les dejó sin cosa alguna*.

Es tarde, y con lo escrito basta y aun creo que sobra para referir á usted y á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA mis impresiones veraniegas. Suyo

NULEMA.

P. D. Acompaño á usted, por si quiere reproducirla en el periódico, una *estampa* de Nuestra Señora de Barbatona. No tiene ningún mérito artístico; pero podrá servir para propagar la devoción de este célebre santuario.

CRÓNICA



ALEMANIA y Francia están en una tirantez de relaciones muy parecida á la que fué precursora de la última guerra franco-prusiana. Consolémonos, pues ya que España no sirve para sostener guerras como las que sostuvo en el siglo xvi, sirve de ocasión, pretexto ó motivo para que las tengan las grandes potencias.

Esta vez el Gobierno de París se ha puesto de mal talante por el viaje de Don Alfonso á Austria y á Alemania, viaje que considera como principio de una alianza formal entre dichos imperios y España. ¡Los franceses nos honran demasiado al creer que en el estado de postración á que ha conducido á la patria el liberalismo, puede importar un ardite á Alemania la alianza española!

El Gabinete de Berlín se ha incomodado soberanamente por lo de los fondos dados por los franceses á Ruiz Zorrilla para alterar el orden público en esta infortunada península.

Hasta ahora la enemistad existente entre los indicados Gabinetes sólo se manifiesta al público en las columnas de la prensa de las dos naciones. La cosa no tendría en apariencia grande importancia si no se supiese que el más violento artículo que la prensa alemana ha publicado contra Francia es obra nada menos que del príncipe de Bismarck.

Además, parece que han mediado notas diplomáticas y reclamaciones entre las dos potencias, y que las cosas han quedado peor que estaban antes de estas notas y reclamaciones.

Por lo pronto, el Gobierno francés no ha llenado ni con mucho las prácticas de etiqueta durante la permanencia de Don Alfonso en París. Baste hacer constar que M. Julio Ferry, que se hallaba en aquella capital cuando pasó por allí el jefe de Estado de España, no fué á visitarle y marchó aquella tarde de veraneo, como si hubiese llegado el príncipe de Mónaco ó algún jefe de tribu de los desiertos de África ó de América.

Esto ha aumentado el disgusto de Alemania. Así

ha sucedido que la acogida dispensada á Don Alfonso en Alemania y en Austria contrasta con la que ha tenido en París. En París fué á esperarle en la estación del ferrocarril el jefe del cuarto militar de M. Grevy; en Viena, la familia imperial toda con el emperador á la cabeza. Y así en todo lo demás.

El gobierno del Sr. Sagasta procura ocultar como puede la desairada posición en que le coloca la actitud observada con Don Alfonso por el Gobierno francés, y aun debe de haber formulado reclamaciones que servirán para irritar más y más á los republicanos franceses y precipitarlos en el camino de lucha con Alemania, que sólo el más ciego fanatismo puede hacerles emprender.

No debe desearse la humillación de Francia en nueva guerra; pero si ésta tuviera por resultado librar á Europa de la afrenta de la República francesa, quizá pudiera desearse que los hulanos volvieran á sitiar á París. En este caso los liberales españoles habrían sido instrumentos de la Providencia para una cosa buena.

Ocorre un hecho de grande importancia, de que deben tener exacta noticia los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

Creyóse á la muerte del Sr. Conde de Chambord que el partido legitimista francés se dividiría, y que sólo una parte de él aceptaría al Sr. Conde de París como jefe de la casa de Francia. El silencio de *L'Union*, que pasaba por órgano oficial del augusto finado, y las reservas de *L'Univers*, parecieron justificar esta creencia.

Pero los hechos prueban lo contrario.

Los senadores y diputados legitimistas, entre los cuales se cuentan Carayon Latour, el conde Alberto de Mun, Chesnelong, el duque de Bisaccia, el príncipe de León, han firmado una acta de adhesión al Sr. Conde de París, y lo mismo han hecho los zuevos pontificios que capitanea el general de Charette, los comités realistas de Bretaña y la Vendee, que dirige el conde de Montí, y la prensa legitimista de Francia.

L'Univers ha declarado últimamente que no discute la situación del Sr. Conde de París como heredero del Sr. Conde de Chambord en la jefatura de la casa de Francia; pero ha añadido que para apoyarle necesita conocer su programa de gobierno.

Por otro lado, una parte considerable del partido imperialista, la que acaudilla M. Paul de Cassagnac, ha dicho públicamente en sus periódicos que, si el Sr. Conde de París logra derribar la República y restaurar el orden monárquico, no sólo no le creará obstáculos y dificultades, sino que le ayudará á curar las heridas de la patria.

¡Quiera el cielo que el Sr. Conde de París olvide sus tradiciones de familia y sepa aprovechar los elementos que coloca Dios en su mano, para bien de la Iglesia y de Francia!

La política interior de los Estados está en Europa en período de plena calma, lo cual sucede ordinariamente durante el verano.

Sólo en la península de los Balkanes se libran tremendas batallas entre los partidos amigos de Rusia y los que son partidarios de la alianza de los principados danubianos con Austria.

Parece ya fuera de toda duda, que Rumania, que se halla profundísimamente disgustada de lo mal que le pagó Rusia los servicios que el ejército rumano le prestó en la última guerra con Turquía, se ha adherido á la alianza austro-alemana, á la que se inclina también Servia.

En Bulgaria ha ocurrido un verdadero golpe de Estado.

Desde hace tiempo venían haciéndose crudísima guerra los amigos y los adversarios de Rusia. Estos predominaban en el ministerio, si bien su acción estaba limitada por la de los ministros rusos, uno de los cuales dirige el ministerio de la Guerra.

Últimamente los ministros rusos se han impuesto á sus colegas, les han obligado á presentar la dimisión y han hecho que el príncipe Alejandro forme un ministerio compuesto única y exclusivamente de amigos y partidarios de Rusia.

Este golpe de Estado ha sido muy mal recibido por el pueblo búlgaro, que de este modo ha visto prácticamente que si Rusia trabajó por sacarle del poder de los turcos, lo hizo única y exclusivamente por reducirle á vivir, más ó menos hipócritamente, bajo su yugo. También el príncipe Alejandro se halla profundamente disgustado al verse reducido á la condición de instrumento de las miras ambiciosas del Gabinete de San Petersburgo.

Por de pronto, este cambio de gobierno de Bulgaria detendrá el movimiento de retorno á la unidad católica que se advierte en el pueblo búlgaro.

Pero si el movimiento popular contra Rusia se acentúa, es muy probable, y más que probable natural, que tome grande incremento el movimiento de retorno de los búlgaros á la fe católica.

Para esto será de grande utilidad é importancia el nuevo personal de misioneros apostólicos que ha enviado León XIII á aquella región, y la nueva distribución por diócesis que ha hecho de aquel Estado.

La lucha que en la península de los Balkanes sostienen Rusia y Austria, lucha que hasta ahora no ha salido del terreno de las intrigas de los partidos, amenaza convertirse en lucha armada en un período de tiempo más ó menos largo.

León XIII ha publicado una nueva encíclica, monumento imperecedero, como las anteriores, de su profundísima piedad y de su consumada sabiduría.

Está escrita con ocasión de la fiesta del Santísimo Rosario.

En ella enumera los grandes favores que los pueblos, como los Estados, las familias, como los individuos, deben á la Santísima Virgen María. Alude al cerco de Viena por los turcos, á la batalla de Lepanto, y á otras altísimas hazañas que los pueblos cristianos llevaron á cabo invocando el nombre de María.

Declara que el próximo mes de Octubre estará dedicado al Santísimo Rosario, á fin de lograr de este modo que la Virgen María interceda con su divino Hijo para que ponga término á los inmensos males que afligen á la Iglesia. Añade que en dicho mes habrá en todos los pueblos católicos procesiones y otros actos de piedad, para los cuales concede muchas indulgencias.

Termina manifestando el deber en que están los católicos de restaurar por completo la práctica piadosa del Santísimo Rosario, que les hace poco menos que invencibles, protegidos, como están, por la Virgen, en sus luchas con los enemigos del alma.

D. ISERN.

¡EXCELSIOR!



SEGURO, segurísimo estoy de que si, hace algunos meses, se hubiera ofrecido un gran premio al español que acertase á descifrar esa palabra enigmática, en su aplicación á los espectáculos públicos, el concurso habría sido declarado desierto y el premio hubiera quedado sin adjudicar.

Hoy, todo el mundo sabe que *Excelsior* es el título de un baile de gran espectáculo que se exhibe en uno de los primeros teatros de la Corte.

He dicho *un baile* porque así lo llama la empresa; pero no es un baile, hablando con propiedad, sino una obra de altísima trascendencia, un pensamiento gigantesco, un verdadero aborto de ingenio, que en su desarrollo y en sus detalles se atavía con el modesto vestido (ó mejor dicho, con el plástico desnudo) de Terpsicore.

Excelsior es, cuando menos, un poema bailado, manoteado, corrido, agrupado, tocado, saltado, gesticulado, descoyuntado... pero *un poema* en toda la extensión de la palabra.

Figúrense ustedes la lucha entre la civilización y la barbarie, entre la luz y las tinieblas, entre la ciencia y la ignorancia, entre la ilustración y el oscurantismo: eso es *Excelsior*; esa es la cuestión magna que se ventila, el problema que se resuelve, la tesis que se baila todas las noches en el teatro de Jovellanos.

Yo creo, señores, que es una especie de sacrilegio llamar *baile* á esa obra, que aunque tenga algo de *obra prima* por los fundamentos de su ejecución, que son los pies, tiene mucho de *obra de romanos* por la perseverancia que revela en su autor al concebir, plantear, desenvolver, y llevar á feliz término el desenlace de su argumento, sin necesidad de *la palabra hablada*.

Este es un verdadero *trenzado* de genio que deja muy por debajo á todos los autores dramáticos usados hasta el día, y es, además, un paso de Titán dado en la senda del progreso.

De hoy más, nuestros dramaturgos no tendrán necesidad de subordinar sus concepciones á las vulgares exigencias de la escena, ni atemperarse á las facultades de los actores para delinear los caracteres de los personajes, ni tener en cuenta una porción de factores que hasta aquí se han considerado indispensables en la aritmética del arte.

Y noten ustedes de paso la oportunidad con que,

así en el orden físico como en el moral, se producen y revelan al mundo los grandes inventos.

Veníamos lamentando, de algún tiempo á esta parte, dos decadencias paralelas: la de nuestro teatro, por falta de actores, y la de nuestro espectáculo nacional por falta de toreros.

Pues bien, en estos momentos de anemia artística, un genio protector nos tiende la mano y nos facilita nuevos procedimientos para operar una especie de trasfusión de sangre que vivifique la viciada y falta de fibrina que circula por las venas de nuestro organismo artístico.

Un artista torero, negro por mayor singularidad, fundador de una nueva escuela, en abierta rebelión contra las seculares instituciones taurinas, atrevido innovador y refractario á todo método, regla ó sistema, se presenta ante el público á matar toros de cualquier modo, con cualquiera herramienta y por cualquier parte. El vulgo, apegado siempre á la rutina, le acoge con prevención y se resiste, por de pronto, á decretarle trescientas estatuas como á Demetrio Faléreo; pero el negro reformador se impondrá, al fin y al cabo, á las preocupaciones de escuela, y resolverá el pavoroso problema que se agita sobre nuestra generación.

Si faltan diestros, no desaparecerá por eso nuestra diversión favorita, no se borrará ese característico rasgo de nuestra fisonomía nacional, no morirán los toros... Es decir, seguirán muriendo, no sólo los toros, sino los caballos y los toreros; lo que no morirá es el predilecto espectáculo, porque el negro matador sacará discípulos, y el público inteligente tendrá que aceptar la nueva escuela, velando con un capote la estatua del arte.

La decadencia del teatro por falta de actrices y de actores dramáticos, nos importa, de hoy más, un pito ó una castañuela. Digo lo mismo que de los toros: no morirá el teatro por falta de matadores de dramas, quiero decir, de primeros actores.

¿Qué le importa á Echegaray, por ejemplo, que su cómplice en los grandes atentados dramáticos, su intérprete más autorizado para descifrar los jeroglíficos conceptuosos de un genio trepidante y calenturiento; la mecha con que se da fuego á la nitroglicerina que hace saltar en pedazos los nervios y las vísceras de los espectadores; qué le importa que Rafael Calvo se haya ido al Nuevo-Mundo huyendo del mundo-nuevo de las tragedias explosivas?

¿Qué importa que Antonio Vico se niegue á echar el *quilo* ante el *metro* poético de los autores del día, y haga cuestión de *céntimos* la cuestión de arte, y rechace con cómica dignidad los *dies mil céntimos de peseta diarios* que le ofrece un empresario sin entrañas?

Nada, nada importa que estos y aquellos y los otros actores, y las otras y aquellas y estas actrices se retiren de la escena. Nada importa que la Escuela de Declamación se cierre, con tal que se abran escuelas de mímica y academias de baile.

Excelsior ha venido á hacer una verdadera revolución en la dramática moderna, ensanchando los horizontes de nuestro teatro.

Hasta el presente se había considerado que ciertas personalidades históricas no podían traerse, sin empequeñecerlas, al escenario.

Tales escrúpulos podían pasar cuando, para dar vida convencional á esos personajes, era preciso hacerles hablar, en verso ó prosa, como hablan los míseros mortales. Pero hoy, en la nueva evolución del arte coreográfico, desaparece ese peligro.

El autor dramático puede ya utilizar para su obra *toda la humanidad y toda la naturaleza*.

Veremos en escena, si Dios nos da vida, no ya el Mont-Cenis, el canal de Suez y el puente de Brooklyn, desempeñando un papel activo y, por decirlo así, *personal*, sino el mar Atlántico, en toda su extensión, sosteniendo un diálogo mudo con el Himalaya; las Pirámides egipcias bailando un apasionado cotillón con los cerros de Ubeda; las minas de Almadén corriendo en caprichosos y acompañados giros, perseguidas por los toros de Guisando.

Veremos los héroes legendarios, los épicos caracteres de la historia, los grandes debeladores de los pueblos, los genios eminentes, los legisladores, los hombres de ciencia, danzar en el foro moviéndose á compás y expresando con la mímica, con los pies y con los brazos todo lo que hasta hoy se expresaba en monótonos endecasílabos ó en insulsas redondillas.

Me parece estar viendo la refundición coreográfica de *Guzmán el Bueno*, ó el arreglo bailable de *La Vida es sueño*. La boca se me hace agua al considerar el *pas-de-deux* del defensor de Tarifa y su esposa ante la perspectiva de la muerte de su hijo, y los *sólos* salvajes de Segismundo, sobre todo aquel *Apurar, cielos, pretendo...* traducido al idioma de la Limido por el Sr. Manzotti.

Un poco de paciencia: dejemos que el género se

vaya aclimatando; que los autores cómicos y dramáticos le tomen el gusto; que el público vaya comprendiendo que en el teatro se trabaja más con los pies que con la cabeza; que nos acostumbremos á ver expresados los afectos más puros y las pasiones más violentas por medio de saltos gimnásticos y de cabriolas bien sentidas; que aprendamos á preferir una pierna torneada, un tallo esbelto, un brazo escultural, á una tirada de versos armoniosos, á un pensamiento sublime, á una frase brillante, que al fin, como dice Hamlet, no son más que palabras.

Dios quiera que tan buenos propósitos se realicen y que nuestro teatro nacional se emancipe de las ridículas trabas que hoy le tienen cohibido y encanijado. Ya soy viejo, pero no desconfío de poder algún día anunciar á mis queridos lectores:

«En el teatro Español se bailará mañana el nuevo drama del Sr. Echegaray, titulado: *Una revolución geológica*. En la escena final no se salvan ni las ratas.»

BLAS.

SAN AGUSTÍN

GLORIA DE SUS HIJOS



UNQUE NO es mi intento referir minuciosamente la vida del esclarecido Doctor de la Iglesia San Agustín, quiero, sin embargo, apuntar algunos hechos de su vida, los cuales, á la vez que la describan á vuela pluma, demuestren, si bien indirectamente, las palabras que me sirven de encabezamiento, teniendo siempre presente, que Agustín aparece grande, aunque se le mire arrastrado por los errores.

Dotado por Dios de un vasto entendimiento, se dedicó al estudio de la filosofía, entregándose á los placeres sensuales desde su tierna edad; pero ni la filosofía satisfizo su inteligencia, ni los placeres llenaron su corazón. Era tan sensible y entusiasta, que, sintiendo la necesidad de amar á toda costa, puso su afecto en las cosas terrenales; y las cosas terrenales le fatigaban y el corazón continuaba ansioso y agitado en busca de un bien supremo que le llenara de un modo estable y duradero. Había adquirido su vastísimo entendimiento muchos y muy profundos conocimientos en todas las ciencias de su tiempo, mas no hallaba sabiduría que le dejara satisfecho y tranquilo. Oyó á los retóricos, y los retóricos le parecieron engañosos, y su elocuencia baladí, más fundada en palabras que en ciencia; escuchó á los filósofos, y los filósofos le parecieron gente más digna de ser oída que los retóricos, pero ignorante de los principios fundamentales de la verdadera filosofía. Cautivaron su inteligencia los maniqueos, y su doctrina fué objeto de su especial atención y particular estudio; pero luego comprendió que aquel doble principio que ellos proclamaban destruía al Dios inmutable, criador de todas las cosas; y ponía en duda su grandeza y su omnipotencia en no interrumpida lucha. Entregóse al estudio de Aristóteles, que no le agradó, al de Platón, que no llenó sus deseos, bien que inclinase sus pensamientos á las cosas espirituales; leyó la Sagrada Escritura, cuya simplicidad le disgustó; enseñó retórica, y ni la enseñanza calmó sus aspiraciones; llamó en su auxilio á la astrología, que le pareció luego despreciable; viajó, y ni los viajes calmaron las inquietudes de su ardiente corazón, ni apagaron el fuego de las pasiones, ni llenaron la vasta profundidad de su inteligencia.

Y ved aquí como aun en medio de tan fatales extravíos aparece siempre grande y siempre noble Agustín, luchando con valor contra todos los errores, y buscando aquella única verdad que se agitaba en su mente como una ilusión brillante en medio de las tinieblas que le ofuscaban; y ved también como Agustín, aun pagano, es un modelo que deben imitar todos los que, proponiéndose estudiar alguna cuestión profunda, se aferran siempre en la primera opinión que forman, aunque después llegue á descubrirse la verdad. Mas prosigamos: Agustín, joven inquieto, tenía una madre, y esa madre era cristiana, y esa cristiana, una santa. Dios quiso escuchar las oraciones de Santa Mónica, y derramó su gracia sobre el hijo, antes disgustado de la elocuencia, y ahora entusiasmado con la palabra de San Ambrosio: antes poco aficionado á las Sagradas Escrituras, y ahora rendido de admiración á las palabras de San Pablo.

Profesaba Agustín ardiente amor á la filosofía; empero no fué la filosofía, sino la fe, el amor divino, el que satisfizo y llenó su alma. Era el hijo de Mónica de suyo elocuente, mas no fué la palabra humana, sino la oración, que es palabra divina, la que dirigió su corazón por el camino de la verdadera sabiduría. El primer movimiento de Agustín hacia la verdad le impulsaba á unir la filosofía de Platón con la Religión de Jesucristo; pero al punto hubo de compren-

der que era esta tarea vana y ociosa, puesto que la filosofía platónica, siquiera hubiese inclinado su entendimiento hacia las cosas espirituales, no pasaba de ser invención humana, oscura en su misma luz, y en sus mismos resplandores sombría, y el Cristianismo, obra divina, límpido y caudaloso foco de luz clarísima, sol perfectísimo sin sombra ni mancha alguna, que á sí propio se basta, y de sí propio irradiaba los resplandores que iluminan al mundo, y cuya ausencia produce en el alma y en la sociedad horribles y deshechas tempestades. Convertido Agustín, sueltas ya las ligaduras que le ataban al error y al vicio á un mismo tiempo, dedicóse á restablecer la filosofía sobre base sólida, encaminándola principalmente á la explicación del dogma católico, y á sondear los abismos de la gracia por medio de vastos y profundos estudios teológicos. Así, pues, catecúmeno, presbítero, y Obispo, su pluma fecundísima no dejó ya momento de dedicarse á la enseñanza del pueblo, á la controversia con los herejes, y á la apología del Cristianismo.

La grandeza y universalidad del talento de Agustín se desenvolvieron armónicamente en un gran número de obras. Desde sus *Diálogos contra los Académicos*, que fué el primer libro que escribió en el retiro en que se preparaba para entrar en el gremio de la Iglesia, hasta la *Ciudad de Dios*, que puede considerarse como la más vasta de sus obras, abrazan sus producciones todo el mundo de la inteligencia, todas las armonías del arte, y todas las vicisitudes y evoluciones de la civilización de su tiempo. «Todo, dice Villemain, todo lo había abrazado Agustín: metafísica, historia, antigüedades, ciencia de las costumbres y conocimiento de las artes. Escribe sobre el libre albedrío y sobre la música, explica el fenómeno intelectual de la memoria de igual modo que razona sobre la decadencia del imperio romano.» Sólo merced á esta flexibilidad y grandeza de su talento, se concibe que escribiera tantos y tan profundos libros, *Sobre la filosofía de la Academia*, *La Vida dichosa*, *El Orden*, *La Música*, *La Verdadera Religión*, *El Libre Arbitrio*, *La Trinidad* y demás dogmas católicos, y *Los Soliloquios*, *Las Confesiones...* y la *Ciudad de Dios*, y un número inmenso de sermones; y siguiera enérgica y sabia controversia con los donatistas y pelagianos; y en suma, desplegara una actividad intelectual, ó un celo pastoral que llenan de pasmo y admiración. Y no contento con estos maravillosos frutos de su vastísimo ingenio, y de su virtuoso episcopado, Agustín no es tan sólo el hombre elocuente, el filósofo, el teólogo y el controversista de su tiempo, sino que es además el ciudadano generoso que se interesa vivamente por su patria, y dirige las discordias de sus conciudadanos, y oye á los paganos, y dirige al pueblo católico.

Nada quedaba, al parecer, que pudiera ser para Agustín asunto de un libro, y sin embargo le escribió. Tal es el libro de sus *Retractaciones*, cuya lectura es casi indispensable para leer con provecho las obras del Santo Doctor. No tiene más objeto que rectificar y corregir los errores en que hubiera podido incurrir en sus numerosos libros: trabajo de ciencia y humildad á la vez, que demuestra una vez cuán bien sienta la corona de la humildad en la frente del sabio. Y si es verdad que Agustín no ha escrito de propósito un tratado, libro ó método de filosofía, ha esparcido sin embargo, como los demás Santos Padres, las nociones fundamentales y los principios esenciales de la más sana filosofía en sus numerosas obras. Toma la fe por punto de partida, raíz y origen de la ciencia; así, cuando encontraba en algún filósofo alguna verdad, parecía como robada á la ciencia cristiana.

Si pues la fe, la revelación, la teología en suma, es para Agustín el punto de partida de la ciencia, no hay para qué detenerse á demostrar que la noción de Dios ha de ser necesariamente para él la noción primaria y original de la filosofía. En efecto, San Agustín reconoce la existencia del mundo fenomenal, del mundo sensible, pues con toda claridad afirma que existe ese mundo real y positivamente, aun cuando en algunos lugares de sus obras parece ponerlo en duda: mas lo que hay de cierto en sus investigaciones, respecto de este punto, es una tendencia muy marcada, un propósito claro y conocido de buscar y establecer un primer principio, una verdad inmutable por encima de lo mutable y fenomenal.

La inteligencia busca irremisiblemente la unidad como perfección necesaria de todas las cosas, la cual no cabe encontrar en los fenómenos transitorios de la sensibilidad, ni en las continuas evoluciones del mundo fenomenal; hay, pues, que elevarse sobre estas evoluciones y mudanzas, pues este principio inmutable y fijo consiste precisamente en la verdad, cuya idea constituye la ciencia. La ciencia y la verdad existen y permanecen á pesar de todas las mu-

danzas del mundo sensible: la verdad existiría aunque el mundo pereciera: la verdad, por consiguiente, es inmutable. Mas como quiera que la inteligencia busca siempre la unidad, que la unidad constituye el principio de la perfección, preciso será buscar esa unidad en el principio que la crea, mantiene y afirma, el cual ha de ser siempre uno, idéntico, incorruptible y eterno. Así la verdad eterna está en Dios; Dios es esta misma verdad eterna; el autor de toda verdad, de todo ser, de toda ciencia, porque en él está toda unidad fecunda, donde la unidad se engendra y nace y se convierte en ciencia; que abraza lo sensible y lo espiritual, lo instable y lo eterno.

De este modo se expresa Agustín en varios pasajes de sus obras; pero he de transcribir por conclusión, al menos en sustancia, un párrafo de la *Ciudad de Dios*: ser, dice, conocer y amar; hé ahí la triple base de la sustancialidad del alma humana: el hombre existe, y conoce que existe, ama y conoce que ama; por consiguiente, ese ser y ese conocimiento que le descubre con toda claridad su propia existencia, es el conocimiento que constituye su *verbo*, y proviene de la facultad altísima que Dios le ha dado para formar ideas, mediante su actividad intelectual, facultad creadora, innata; por lo cual se asemeja el hombre á Dios, en cuanto que es autor y creador de sus propias ideas, cuyos elementos le pone Dios delante, para que asimilándolos y haciéndolos suyos, ejerza esa misma actividad, que tanto y tan noblemente le enaltece, y con la cual forma su *verbo*, sus concepciones, su palabra, á semejanza de su Padre y Señor, que contemplándose á sí mismo, y amando en sí su perfección infinita, produce su Verbo Eterno, consubstancial al Padre y en todo igual á sus infinitas perfecciones.

Ved aquí una doctrina verdaderamente grande, sublime y profunda, que distingue perfecta y esencialmente entre Dios y el hombre; que hace del entendimiento humano una facultad activa, y de esa actividad uno de los más notables y poderosos caracteres de la semejanza del hombre con Dios; que deja al Criador en la incommensurable altura de su existencia infinita, y coloca á la criatura humana en la aventajada y nobilísima posición en que Dios quiso colocarla en el orden de los seres criados; que subordina la naturaleza del hombre y las cosas inferiores á las superiores: esta es, pues, la verdadera doctrina racional y la verdadera ciencia cristiana, tan grande en su origen, como vasta en sus fines, profunda en sus razonamientos, y civilizadora en sus consecuencias y aplicaciones: es una doctrina suficiente por sí sola para hacer inmortal á su autor, si él no tuviera ya esta gloria. Léanse sinó los brillantes elogios que le han tributado los Padres de la Iglesia, desde San Jerónimo hasta el soberano Pontífice que hoy ocupa la silla de San Pedro, y se verá muchísimo más que todo lo que yo puedo decir sobre la materia.

Termino, pues, estas líneas, y dejo caer la pluma de la mano aunque quede incompleto este artículo; pues la sola consideración de que ha de fatigar á los lectores por su frialdad, me impiden continuar una materia tan de mi agrado; mas por otra parte, la suspendo con gusto, esperando que plumas mejor cortadas, y talentos más esclarecidos que el mío, desenvolverán mejor este pensamiento. Hijos ilustres tiene la Orden Agustiniense en España, que nada omitirán de cuanto pueda realzar la gloria de su fundador; á mí bástame haber emborrinado este poco de papel, como muestra de amor que á tan gran Santo profeso.

M. N.

EL ESTILO MODERNO

I



CONVERTIR la casa en negocio explotable es la tendencia más general que se observa al presente, al menos en las poblaciones de algún vecindario, y sea esta una circunstancia pasajera, originada por el mal estado de otros negocios á que antes se aplicaban los capitales, sea uno de los resultados á que nos han conducido las alteraciones y metamorfosis por las que la vida de nuestro siglo pasa, importa á los arquitectos analizar ese fenómeno que directamente afecta á sus intereses profesionales y que influye poderosamente en la marcha de nuestro noble arte.

Puede decirse, sin exageración, que el interés vital de la arquitectura contemporánea palpita solamente en la construcción de casas, y como quiera que el arquitecto no puede menos de ser hombre de su época, y ha de responder con sus conocimientos á lo que el público de él demanda, de aquí que, aun sin notarlo, se está llevando á cabo una evolución en el

arte que imprimirá sello característico á las obras de este siglo y constituirá en la historia de la arquitectura un estilo propio y peculiar de nuestro tiempo.

Semejante hecho, á todas luces incontestable, podrá aparecer envuelto en errores más ó menos lamentables, y llevará consigo multitud de defectos y anomalías; mas ni es distinto de los que en otros tiempos ocurrieron, ni da margen para desconfiar que nuestros esfuerzos sean infructuosos.

Ciertamente, y remontándose á considerar lo ocurrido en otras épocas, parece que el espíritu desfallece, considerando la grandiosidad de los ideales que provocaron los movimientos artísticos inspiradores de las grandes obras del pasado. Las creencias religiosas, los entusiasmos patrios, las elevadas y caballerescas empresas, la emulación palaciega y el fastuoso afán de lujo, han impulsado en distintas épocas el arte arquitectónico, que fiel espejo de la sociedad en que se desarrolla, muestra en las masas imponentes de sus productos el pensamiento dominante de las generaciones que los erigieron, y al lado, y en parangón con tales objetivos, parece que el de lucro y explotación que hoy se presenta, aparece mezquino y bajo é incapaz de elevar el pensamiento y hacer surgir la inspiración; mas nada es inútil en el plan de la Providencia, y ella que ha puesto en el corazón del hombre todos esos sentimientos, que si exagerados son siempre reprobables, contenidos dentro de sus propios límites y encauzados por los eternos diques religiosos y morales son lícitos y plausibles, y más ó menos elevados, tienen bastante calor para impulsar al hombre en su camino de descubrimientos y de perfección.

Lamentémonos en hora buena de haber nacido después que los más sublimes sentimientos han llamado al corazón del hombre y hecho nacer en él el deseo de inmortalizarlos, lográndolo con obras tales, que parecen insuperables; pero no por eso creamos que está espigado todo el campo.

Nuevas tendencias, costumbres nuevas, alteraciones radicales, engendran sin remedio una manifestación también nueva de cada uno de los diversos campos á que la actividad humana se aplica, y necesariamente el arte de la arquitectura, que es importantísimo y basado siempre en la satisfacción de una necesidad á la vez moral y física, ha de participar del general movimiento, y ya apropiándose elementos nuevos, ya transformando los antiguos, en armonía con las presentes circunstancias, determinará el nuevo estilo, que no es obra de un hombre ni aun siquiera de una generación.

Cuál sea su carácter, cuál la fuente ú origen de su tendencia, es el objeto principal de estos renglones.

Desde luego comienzo por declarar que allí donde está el pensamiento dominante, la necesidad capital, allí entiendo que debe estar el origen y la tendencia, y de allí saldrá impreso el carácter distintivo de la obra. Para ello hay dos razones, obvias ambas, y ambas á mi parecer contundentes.

Es la una histórica, y se repite en los distintos períodos del arte pasado con tal fidelidad, que bien puede elevarse á la categoría de ley histórica. Es la otra, que viene á confirmar la anterior, de sentido común.

Lo mismo en los distintos estilos del arte pagano, que en el arte cristiano de la Edad Media, que en el neo-clásico del Renacimiento y de los dos últimos siglos, hay siempre una tendencia manifiesta, hay una unidad primera que preside y descuellan en la variedad de los monumentos, que se acomodan á su distinta índole y destino.

Impreso llevan, cuantos restos han llegado á nosotros desde las antiguas civilizaciones del Oriente, el sello característico de su ideal sombrío; muéstranos el arte griego el riente y pulcro espíritu de su cultura, y la poderosa Roma, destinada á dominar el mundo conocido, aparece en sus monumentos ataviada de militares arreos ó lanzada en el torrente vertiginoso del placer que sepulta sus grandezas. Ni la Edad Media con su alto sentido cristiano, ni el inquieto y revoltoso Renacimiento con sus audaces empresas, ni aun siquiera el ceremonioso cortesismo de los siglos XVII y XVIII, dejan de cumplir esta ley constante; así el templo tallado en la roca, como la pirámide y el obelisco, y más tarde los órdenes de armoniosa proporción, y luego el arco triunfal y la columna conmemorativa, y la catedral, y el castillo, y el palacio, dan la norma, sintetizan el ideal dominante y sirven como de ancha basa sobre la cual se elevan en variedad extraordinaria los demás monumentos que cada generación ha labrado en su paso por la tierra, para satisfacer sus necesidades, ya materiales, como la de cobijarse, ya morales, como la de celebrar sus victorias, expresar sus creencias é inmortalizar los nombres de sus hijos ilustres.

Estos hechos, que con maravillosa elocuencia salen al paso del arquitecto observador, como que encauzan su pensamiento al buscar en los anchos

horizontes de su fantasía la forma plástica que se acomode más fielmente á su objeto; pero aun serían vanos sueños si no los concretara á su fin, y de aquí el extravío frecuente en que se incurre en las Escuelas y Academias, cuando se trata solamente de trazar proyectos verdaderamente hipotéticos, destinados á satisfacer un programa más ó menos realizable, pero siempre exento de los límites de situación, medios y circunstancias que la realidad impone.

Mas hé aquí que la práctica del arte, por imposición forzosa, sujeta al arquitecto uno y otro día á aplicar su actividad al propio asunto; que éste aparece rodeado de mil incidentes, los cuales anulan el caudal de formas usadas, imposibilitando su aplicación, que cortan con la escasez de los recursos los vuelos de su fantasía y que sin cesar reclaman de él la satisfacción de una misma necesidad, mientras dentro de su espíritu vive y forcejea el deseo de lo nuevo, que le es innato, el afán de lo perfecto, que le es ingénito, el anhelo de lo bello, que le es amable y seductor. Y duda y tanea y se equivoca y cae en el error; pero al fin, el triunfo ha de llegar, pues que inmortal es la idea y para su esclava fué creada la materia.

Esta es, pues, la razón que, calificada como de sentido común, queda arriba apuntada. Sería verdaderamente incomprensible que el artista, obligado constantemente á aplicar su actividad y los recursos de su ingenio á la traza de proyectos de casas, tales como las necesidades presentes las requieren, descollara en la práctica de su arte por la perfección en componer iglesias á la manera como los arquitectos de la Edad Media las ejecutaron; y por el contrario, es de presumir, que aquellos insignes artistas, tan fecundos de recursos, tan versados en la tracería de sus atrevidas bóvedas, tan ingeniosos en sus procedimientos constructivos, y tan prácticos en la ejecución de esas insignes maravillas de su tiempo, se encontrarán verdaderamente desorientados si se les pusiera en la necesidad de habérselas con sus edificios, compuestos de esa multitud de pisos superpuestos, de huecos repetidos, de incontable muchedumbre de pasillos, cuartuchos y servicios que son necesidad de la época, impuesta al arquitecto, y á la cual tiene que satisfacer, mal de su grado, sin que sea válida toda protesta que contra tal sistema se levante.

Establecidas estas razones y reconocida su trascendencia, resta ahora analizar las consecuencias que de ellas se deducen; pero esto merece capítulo aparte.

(Se continuará.)

JUAN BAUTISTA LÁZARO.

EL ÁRBOL DE LA CRUZ

I



El tormento en la cruz fué durante muchos años, y aun siglos, el más ignominioso de cuantos se conocían.

Los egipcios, los persas y los griegos, como también los hebreos, la habían adoptado desde la más remota antigüedad.

En Egipto la cruz era el castigo de los reyes, según afirma Tucídides.

Herodoto nos dice que Polycrates murió en la cruz.

Grecia, bajo la denominación de Alejandro Magno, hizo morir también en tan afrentoso suplicio al médico Glauco.

Los germanos aplicaban dicho castigo á los traidores, según expresa claramente Tácito en las siguientes palabras: *Proditores arboribus suspendunt*.

Los cartagineses crucificaron á Hannon.

Los romanos también lo empleaban, principalmente contra los esclavos¹.

Por último, Tito Livio, Ulpiano, Ausonio, Apuleyo y otros varios llamaban al suplicio de la cruz árbol ó tronco el más infame, suplicio supremo, exceso de degradación y otras cosas semejantes².

II

Mas el suplicio de la cruz llegó á considerarse bajo otro aspecto desde el momento en que el Hijo de Dios quiso sufrir por nosotros tan cruento sacrificio,

¹ Juvenal, refiriéndose á esto, decía: *Pone crucem servo*. Y Petronio: *Nec diu sinant, ut amplexus meos in crucem mittam*. Según Valerio Máximo, Polycrates fué crucificado in *excelsissimo Mycalensis montis vertice*. Por último, el cantor romano decía de Régulo, crucificado en Cartago:

*Vide cum rubore pendens,
Italiam cruce sublimis spectavit ab alta.*

² Según algunos autores, los romanos fueron los que introdujeron en la Judea este género de suplicio, desconocido hasta entonces de los judíos. (*Complément de l'Encyclopédie moderne*, tomo II, pág. 264.)

ficio, con objeto de rescatarnos del pecado original y curarnos con sus heridas, según expresión de Isaias: *Et livore ejus sanati sumus*¹.

A partir desde este momento, la cruz fué un signo de amor para los hombres, un estandarte, un arma invencible, el árbol de la vida.

¿Y cómo no, si, como dice muy acertadamente San Ambrosio, la cruz es la glorificación por excelencia? *Crux gloriandi est piis et impiis materia*.

Por lo demás, el signo de la cruz ha sido desde los primeros tiempos entre los cristianos un signo especial para conocerse y una especie de símbolo en el culto.

Efectivamente, varios pasajes de Tertuliano, de San Cirilo de Jerusalén, de San Juan Crisóstomo y de otros Padres de la Iglesia, nos prueban que la costumbre de hacer el signo de la cruz se hallaba establecida desde los tiempos apostólicos.

Pero aun cuando la costumbre de persignarse haya existido desde los orígenes del Cristianismo, no siempre se ha empleado la misma fórmula.

En su principio los cristianos hacían el signo de la cruz sobre la frente, sobre la boca ó sobre el pecho.

Más tarde este signo se hacía con la mano derecha, llevándola primeramente á la frente, después al pecho, y de éste al lado izquierdo, terminando en el derecho.

La Iglesia católica oriental se distingue de la occidental en que sus hijos, en el último movimiento, llevan la mano de derecha á izquierda, y no de izquierda á derecha².

III

Después que Diocleciano y Maximiano abdicaron el mando del Imperio romano despojándose de la púrpura imperial, revistieron de ella los cesáres Constancio y Galerio.

Estas dos abdicaciones fueron causa de que por espacio de veinte años estuviese el imperio sumido en los horrores de las guerras civiles, las que no terminaron hasta después de la derrota de Majencio.

Este, hijo de Maximiano, fué elegido por el Senado y por el pueblo, á quien se consideraba como soberano legítimo en Italia.

Constantino, hijo de Constancio Cloro fué elegido en lugar de su padre después que éste murió en York el año 306, á la edad de setenta y cuatro años.

La circunstancia de haber muerto Galerio á los cuatro años de haberse retirado á un rincón de Italia, y la muerte forzosa de Maximiano, hizo que Majencio olvidase la manera como había llegado hasta el Imperio, conduciéndose como un verdadero tirano.

Constantino, deseoso de terminar de una vez con tantas luchas intestinas, resolvió ir contra el tirano Majencio, para lo cual marchó con menos de 50.000 hombres contra los 150.000 de que se componía el ejército de su adversario.

Al efecto atravesó los Alpes Cocianos, apoderóse de Susa, y batió en las llanuras de Turín al primer cuerpo de ejército del tirano Majencio, y delante de Verona al segundo.

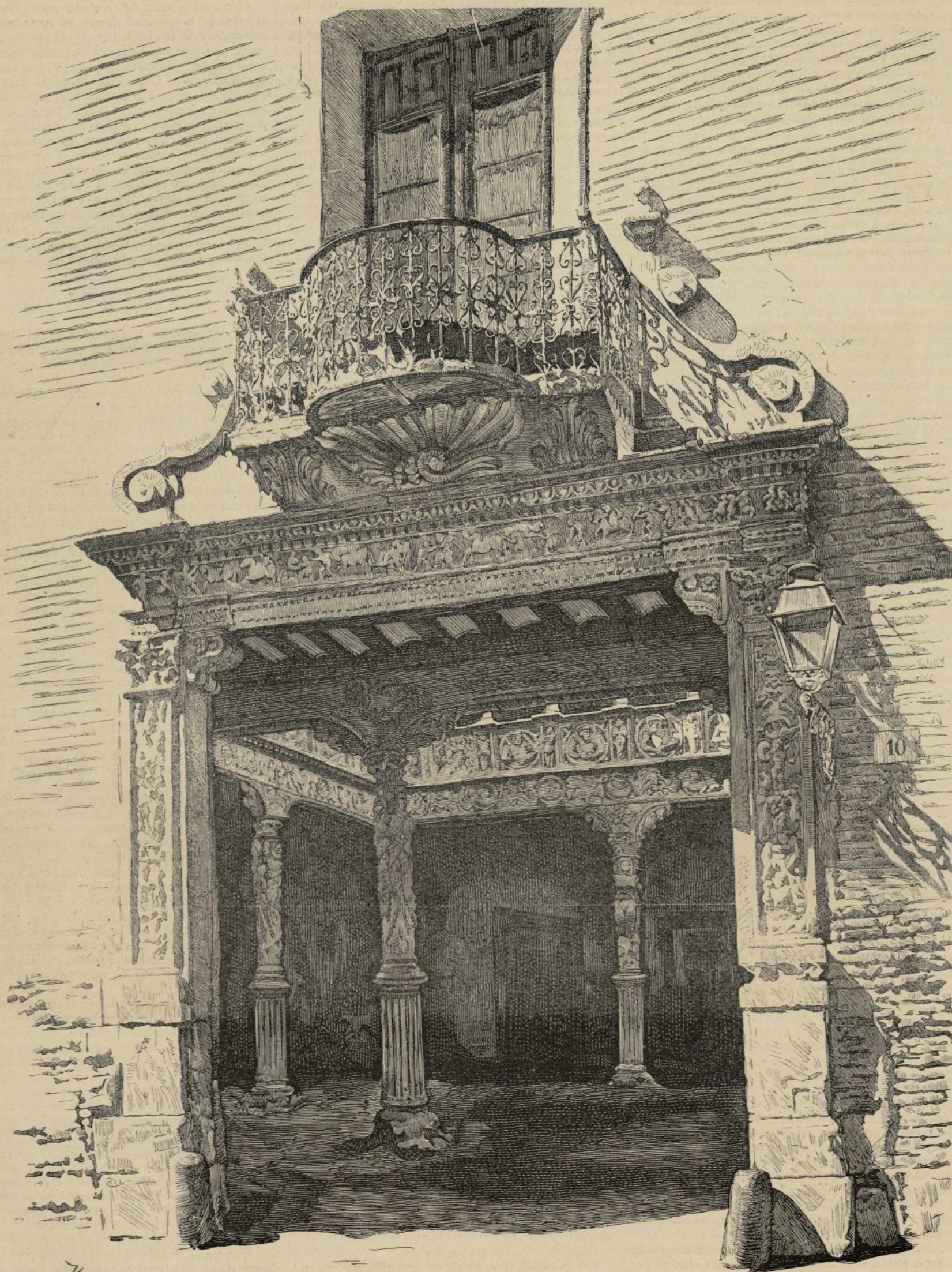
Mas antes de presentar la batalla definitiva, la que había de decidir de la suerte de ambos adversarios, apareciósele á Constantino en el cielo, radiante de luz, el sagrado signo de la cruz con estas palabras: *In hoc signo vinces*³.

Dada la batalla, la victoria le fué favorable á Constantino, y Majencio huyó lejos del campo, ahogándose en el Tíber, al intentar pasarlo con objeto de refugiarse en Roma, el día 28 de Octubre del año 312.

¹ Cap. LIII, v. 5.

² Desde los primeros tiempos se hacía el signo de la cruz con un sólo dedo; mas después de la condenación de los monofisitas se empezó á hacer con tres dedos, con objeto de recordar las tres personas de la Santísima Trinidad. (*Complément de l'Encyclopédie moderne*, t. II, pág. 269, col. 1.^a).

³ Los autores que han escrito sobre la vida del emperador Constantino no se hallan acordes acerca de la época en que el hijo de Santa Elena abrazó el Cristianismo, aunque la mayor parte asegura que lo verificó el año 311. Otros, por el contrario, aseguran que sólo se convirtió después de la batalla en que derrotó á Majencio. Nosotros creemos que Constantino era cristiano antes de la susodicha batalla, y para ello nos fundamos en el testimonio de dos historiadores dignos de crédito, y cuyas palabras vamos á extraer. Eusebio (*Historia eclesiástica*, lib. I, capítulos XII y XIV) dice que antes que Constantino diese la batalla, se apartó del real y fué al tabernáculo ó pabellón de la cruz con algunos de sus súbditos para hacer oración á Dios y encomendarse á su misericordia.—Sozomeno dice que Constantino había mandado hacer un pabellón ó tabernáculo en forma de capilla, la cual siempre llevaba consigo aun cuando fuese á la guerra, y la que siempre iba seguida por sacerdotes con objeto de poder celebrar en ella los sagrados misterios de la Religión.



PORTADA Y PATIO DE LA CASA DE ZAPORTA, MÁS COMUNMENTE CONOCIDA POR CASA DE LA INFANTA EN ZARAGOZA.

IV

La emperatriz Elena, madre del emperador Constantino, convertida como él milagrosamente al Cristianismo¹, se dirigió en peregrinación á Jerusalén con objeto de visitar los sitios que atestiguaban la muerte y pasión del Redentor de los hombres. No bien hubo llegado á los Santos Lugares, mandó destruir los templos elevados á los falsos dioses y buscar la Cruz del Redentor, no obstante lo difícil que era el hallar tan sagrada reliquia².

¹ Crévier: *Histoire de l'empereur Constantin*, pág. 8.

² Según los hebreos, el que moría en la cruz era maldito de Dios. Y tanto horror les causaba este género de muerte, que apenas espiraba el delincuente enterraban en profundísimas zanjias abiertas de antemano todos los instrumentos del suplicio, cubriéndolos después con tierra y peñascos para que no quedasen ni señales del sitio en que estaban. Esto mismo y aun más sucedió con la cruz del Redentor, pues el emperador Adriano mandó construir sobre el

Muchas fueron las excavaciones que se llevaron á cabo con objeto de buscar tan sagrada reliquia, pero todas infructuosas. Cuando ya iban unos y otros perdiendo la esperanza de poder conseguir su piadoso objeto, tuvo la emperatriz Elena una revelación de que el sagrado árbol de la Cruz se hallaba enterrado bajo el monte Calvario. Al momento mandó practicar excavaciones en el sitio referido, y en tanto que los trabajadores cumplían sus órdenes,

lugar del Calvario un templo dedicado á Venus, sobre el sitio donde resucitó, otro á Júpiter Tonante, y en Belén dedicó á Adonis otro. (Crévier: *Histoire de l'empereur Constantin*, pág. 237.) Así lo atestigua también San Jerónimo en estas palabras, en su epístola á Paulino: « Desde el tiempo de Adriano hasta el reinado de Constantino, el ídolo de Júpiter fué venerado por espacio de cerca de ciento ochenta años en el mismo lugar de la resurrección de Nuestro Salvador, por los gentiles, y observaron lo mismo con el de Venus, que estaba erigido en mármol sobre el monte de la Cruz.

la piadosa madre de Constantino se puso á hacer oración, pronunciando estas sublimes palabras:

« He aquí el lugar de combate; pero ¿dónde está la señal de la victoria? Busco el estandarte de la salvación y no lo encuentro. ¡Qué! ¿yo estoy sentada en un trono y la Cruz del Salvador yace oculta en el polvo? ¿Yo moro en palacios, y el instrumento del triunfo de Cristo está sepultado bajo ruinas? ¿Cómo me creería redimida si el signo de la Redención no fuese visible á todos? Demonio, espíritu maligno, tú eres quien ocultas la espada que te hirió; mas Isaac supo desembarazar los manantiales que los extranjeros habían destruido, y no permitió que permaneciesen en olvido; remuévanse, pues, estas ruinas para que aparezca el manantial de la vida: salga á luz el alfanje que cercenó la cabeza al verdadero Goliat; ábrase el seno de la tierra para que brille el instrumento de salvación. Padre de la mentira, tú nos ocultas el santísimo madero con la esperanza de vencernos, pero María te ha humillado



LA CÁMARA MORTUORIA DEL SEÑOR CONDE DE CHAMBORD, EN EL ACTO DE ADMINISTRAR AL ILUSTRE ENFERMO LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS

dando luz al triunfador, y sin dejar de ser virgen fué madre de aquel que desde la Cruz te subyugó. Tú serás vencido también hoy, y otra mujer desvanecerá tus asechanzas¹.

Efectivamente, según refiere San Paulino á Sulpicio Severo, y San Macario, patriarca de Alejandría, que acompañaban á Santa Elena, á poco se descubrieron las tres cruces y demás instrumentos de la Sagrada Pasión².

Pero si grande é indescriptible fué la alegría de Santa Elena al hallar lo que tanto codiciaba, no fué

menos la pena que experimentaba al no hallar medio de averiguar cuál de las tres cruces recientemente descubiertas era la en que había sido crucificado el Redentor.

Mas el Señor no podía dejar en tan cruel incertidumbre á aquella piadosa Emperatriz y á dos Obispos de su Iglesia, y al efecto les sugirió la idea de descubrirlo de una manera tan sencilla como evidente.

Oigámos cómo lo refiere Rufino:

« A la sazón, dice, había en Jerusalén una mujer, conocida de toda la población, gravemente enferma y reducida ya al último trance. El Obispo y la Emperatriz fueron á su casa con las tres cruces halladas recientemente, y acercándose al lecho de la moribunda, Macario se arrodilló y dijo: « Dios omnipotente, que te dignaste salvar al género humano por el suplicio de la Cruz, que sufrió tu Hijo único, y que avivaste en el corazón de tu sierva el ardiente deseo de encontrar el instrumento sagrado en que

estuvo pendiente la salvación del mundo: dadnos á conocer de un modo evidente cuál de estas tres cruces sirvió para el triunfo del Salvador, y permite que esta mujer agonizante recobre la vida así que la toque el sacrosanto madero¹.

El Santo Obispo hizo tocar entonces las tres cruces al cuerpo de la enferma, y al aplicarle la última, la mujer quedó instantáneamente curada.

Después de esta manera tan prodigiosa de descubrir cuál era la cruz donde sufrió el martirio el Redentor de los hombres, la emperatriz Elena mandó edificar sobre aquel sitio un magnífico templo, dejando en él la parte más larga de la verdadera cruz, la que mandó encerrar en un relicario de plata².

El madero transversal, como también los clavos y

¹ Rufino: *Additamenta ad hist. Euseb.*, cap. III.

² La cruz donde murió Nuestro Señor tenía, según afirman varios autores, quince pies de largo, y el madero transversal ocho.

¹ Ambr.: *Concion. in obitu Theodosii Sen.*, Aug., número 43.

² Algunos han llegado á dudar de la verdad del descubrimiento de la cruz del Redentor, fundándose en que según ellos, Eusebio no menciona hecho tan portentoso. A los que así piensan les aconsejamos lean lo que dice Tillemont en su *Historia eclesiástica*, t. VII. Además Graetser hace observar muy oportunamente que Eusebio refiere el hecho en el año 325 de su *Crónica*.

demás reliquias, entre ellas la escalera del Pretorio, fué llevada á Roma, donde las recibieron con una alegría y entusiasmo indescriptibles.

Mas el emperador Constantino, deseoso de que estas reliquias recibiesen el culto que era debido, mandó también construir la basílica de la Santa Cruz en Jerusalén, en donde aun se veneran tres pedazos grandes de la cruz, un clavo y dos espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo¹.

V

Cuando Cosroes II, rey de Persia, fué á Palestina el año 624, también asedió, incendió y saqueó la ciudad de Salomón, llevándose entre otros magníficos trofeos los tres pedazos de la cruz, confiando su custodia á la ciudad de Ctesifonte, situada á orillas del Tigris, en donde á causa de los grandes prodigios que obraban fué tenida en suma veneración².

Tres años después (627), el emperador Heraclio derrotaba á Cosroes y exigía de Siroes, hijo del rey persa, como primera condición para acceder á la paz que le pedía, le fuesen entregados los pedazos de la cruz del Redentor que su padre había sacado de Jerusalén.

Aceptadas las condiciones impuestas por Heraclio, Zacarías, patriarca de Jerusalén, que había recobrado la libertad, pues como otros muchos fué hecho prisionero por Cosroes, llevó á Constantinopla los preciosos restos del árbol de la cruz, y al siguiente año (629) el día 14 de Setiembre, el Emperador los colocó por sí mismo en la basílica construída sobre el Calvario, llevándolos él mismo vestido con un áspero sayal y los pies descalzos.

Pero Heraclio, que, dominado algún tiempo después por el orgullo de los monotelitas, pretendió imponer á la Iglesia católica injustas y caprichosas leyes, se vió atacado por los mahometanos, quienes arrancaron de su poder el Egipto y la Palestina.

Conquistada más adelante la Palestina por los cruzados (1099), éstos, impulsados de su ardiente fe, restituyeron, las sagradas reliquias á la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, reliquias que, juntamente con los Santos Lugares, cayeron en poder de Saladino á causa de las victorias que consiguió sobre los cruzados, y muy especialmente en la célebre batalla de las llanuras de Hittin³.

Efectivamente, en dicha batalla, que tuvo lugar el 5 de Julio de 1187, no sólo perdieron los cruzados la Ciudad Santa, sino también los restos de la verdadera cruz, los que cayeron en poder de los sarracenos después de herir mortalmente al Obispo de Tolemaida, que era el encargado de conducirlos, y de hacer prisionero al de Lydda, á quien se los entregó aquél al sentirse herido.

Oigamos cómo un escritor musulmán refiere este desgraciado hecho de armas para los cruzados:

«La gran cruz fué tomada en presencia del rey, y muchos *impios* (cristianos) se dejaron matar cerca de ella. Cuando se la quitaron, los infieles se arrojaban humillando la frente. Dicen que es el propio madero en que fué crucificado el Dios que ellos adoran. La habían enriquecido con mucho oro y piedras preciosas; la sacaban los días solemnes, y cuando con sus sacerdotes y obispos la mostraban al pueblo, todos se inclinaban con respeto. Consideraban como el primero de sus deberes el defenderla; su pérdida les fué más sensible que el cautiverio de su rey, y nada pudo consolarles de semejante desgracia»⁴.

VI

Pintar y describir la honda pena que la toma de Jerusalén por los sarracenos produjo en toda la cristiandad, es de todo punto imposible. Esta desgracia inmensa hizo arrancar al Occidente gritos de

1 Cuando aun no se hallaba construída del todo la ciudad de Constantinopla, el emperador Constantino hizo colocar una parte del trozo de la cruz que su madre le envió dentro de una estatua suya colocada en medio de la plaza de dicha ciudad; y la otra que era la mayor, formó parte de su tesoro. (Crévier: *Histoire de l'empereur Constantin*, pág. 230.)

2 Niceforo participa de esta opinión, pero Lébeau en su *Histoire du Bas-Empire*, dice que los armenios conservaban algunos trozos del leño de la cruz adquiridos durante su permanencia entre los persas.

3 Cuando los cruzados entraron en Jerusalén (15 de Julio de 1099), una de sus primeras diligencias fué el procurarse los restos de la verdadera cruz, pues los cristianos que se hallaban en la ciudad cuando la conquista de la Palestina, durante el reinado de Heraclio, por los musulmanes, la habían ocultado cuidadosamente. Su vista excitó indecible alegría entre los peregrinos. «De esto, dice una crónica antigua, quedaron los cristianos tan contentos como si hubiesen visto el cuerpo de Jesucristo pendiente de la cruz.» (Michaud: *Histoire de las Cruzadas*, t. I, lib. IV.)

4 Emad-Eddin. — *Biblioteca de las Cruzadas*, t. IV, pág. 195.

dolor, y la consternación se pintaba en todos los semblantes.

Repuestos algún tanto los ánimos, los pueblos cristianos pensaron de nuevo en volver á rescatar los Santos Lugares, para lo cual el Papa Clemente III mandó predicar tercera cruzada á Guillermo, Arzobispo de Tiro, á cuya voz se agruparon bajo las banderas de Federico Barbarroja, emperador de Alemania, unos 100.000 hombres, los que marcharon á la guerra hacia el año 1189.

Pero estos cruzados no consiguieron su laudable y cristiano propósito; pues hubo que predicar aún nuevas cruzadas hasta lograr el deseo general de toda la cristiandad.

Efectivamente, el Papa Celestino III predicó la cuarta en 1195; el Papa Inocencio III la quinta y sexta, mereciendo esta última ver coronados sus generosos y cristianos esfuerzos, pues lograron arrancar de la mano de los infieles aquellos lugares santificados por la sangre del Salvador de los hombres. Verificóse la entrada en Jerusalén el 17 de Marzo de 1229, coronándose al día siguiente Federico II, emperador de Alemania, como rey de Jerusalén.

Pérdida de nuevo Jerusalén, la que tomaron los corasminos, el Papa Inocencio IV, haciéndose fiel intérprete de los cristianos de Occidente, convocó un concilio en León (1245), en el que se determinó se predicara la séptima cruzada, la que no se llevó á efecto hasta el año 1248, en cuya época partió San Luis de Francia acompañado de sus tres hermanos y de los más ilustres señores de su reino.

Pero ni las tentativas de San Luis, ni las de Carlos de Anjou, ni las de Eduardo de Inglaterra fueron suficientes para rescatar de nuevo los Santos Lugares, viéndose obligados los cruzados á abandonar para siempre aquellos sitios tan queridos como disputados ante la fuerza de las circunstancias y los hechos de armas realizados por el sultán Malec-Seraph.

De esta manera terminaron los heroicos esfuerzos de los cruzados por la conservación de Jerusalén, acabando los mamelucos en 1291 de conquistar lo poco que les quedaba á los francos, por lo que Jerusalén siguió la suerte de la Siria¹.

VII

Descrito á la ligera todo aquello que se relaciona con la historia de la Cruz del Redentor, para terminar el presente artículo, diremos dos palabras acerca de algunas de las reliquias que aun se conservan del Arbol de la Redención.

Torfeo dice, que el Rey Sigard pidió y obtuvo, como recompensa de los servicios que había prestado á los cruzados en el sitio de Sidón con sus 10.000 Noruegos, un pedazo de la verdadera cruz, el que, luego que hubo regresado á su patria, depositó en la ciudad de Konghell².

Waldemaro III, rey de Dinamarca, obtuvo también del Papa Urbano V otro fragmento de la cruz, á condición que partiría á la conquista de la Tierra Santa.

El trozo de cruz que Constantino agregó á su tesoro particular, como ya hemos indicado más adelante, lo obtuvo Enrique Dandolo, quien á su vez lo regaló á la República de Venecia³.

Felipe Augusto llevó otro pedazo á Francia, el cual se conservó en la Santa Capilla hasta el año 1791, en cuya época fué llevado á San Dionisio, donde volvió nuevamente á su primitivo lugar después de la Convención de 1793.

En Nuestra Señora de París existe otro fragmento de consideración llamado de la *Princesa Palatina*, á quien se lo regaló Casimiro, rey de Polonia⁴.

Por último, en Roma existen cuatro fragmentos de alguna consideración, sin contar los pequeños *lignum crucis*.

Entre ellos merece especial mención el que se halla encerrado en una riquísima caja. Este tiene la forma de una cruz y se adora en la Capilla Sixtina el Viernes Santo desde el pontificado del Papa Gregorio XVI.

En uno de sus lados tiene esculpida la figura de Jesucristo, los cuatro clavos, los retratos de once

1 Pujolat, *Historia de Jerusalén*.

2 En su *Historia de Noruega*.

3 Véase la obra titulada *Venise*, escrita por Jules Leconte, pág. 238. — Este escritor afirma que después de la toma de Constantinopla por los cruzados (1204), Enrique Dandolo, general en jefe de la flota de la República de Venecia, regaló á la iglesia de San Marcos, además de otras reliquias (un brazo de San Jorge, oro de Santiago, la cabeza de San Juan Bautista, etc.), un trozo de la verdadera cruz, el cual se cree perteneció á Constantino.

4 *Ejercicio de la devoción á la Pasión de Jesucristo*, por Mons. de Queleen.

Apóstoles, el de la Santísima Virgen, los de ocho Santos y los caracteres rúnicos.

Esta preciosa reliquia, enviada en el siglo V al Papa San León el Grande por Juvenal, Obispo de Jerusalén, desapareció cuando los primeros saqueos de Roma, sin duda con el objeto de ponerla á cubierto de los insultos de los bárbaros; pero el Papa San Sergio I la halló en el año 687 en un rincón del tesoro de San Pedro.

Pérdida por segunda vez cuando el asalto de Roma por las tropas del condestable de Borbón, fué hallada nuevamente, pero despojada de la urna de plata en que hasta entonces había estado enclavada.

Mas el Papa Clemente VII, en cuya época tuvo lugar su hallazgo, la mandó encerrar en el relicario en que se expone actualmente, el cual es de plata sobredorada y de cristal de roca.

Robada por tercera vez en 1730, fué recuperada por el Papa Clemente XIII, desde cuya fecha no ha vuelto á desaparecer¹.

M.

LOS GRABADOS

VISTA EXTERIOR DEL CASTILLO DE FROHSDORF, EN LA BAJA AUSTRIA, DONDE HA MUERTO EL SEÑOR CONDE DE CHAMBORD.

Frohsdorf, que se llama en realidad Froschdorf, es una pequeña aldea de la Baja Austria, situada en la orilla derecha del río Lutta ó Leitha, á corta distancia de una estación del camino de hierro, de Viena á Trieste, y no lejos de la frontera de Hungría.

En esta aldea radica la modesta residencia señorial del conde de Chambord, construída en el solar del arruinado castillo de Crottendorf, que fundó la ilustre familia de este nombre en el siglo XII y agregó en 1350 á los dominios del conde de Puttem; hacia 1542 fué adquirido por los barones de Tendel, cuyo postrer descendiente le vendió, en 1620, al conde Hagos ó Hogos.

Arruinado el castillo, del cual sólo existe algún resto poco notable, fué construída la actual residencia señorial á fines del siglo XVIII; adquirióla, en 1822, la condesa de Lipona (anagrama de *Napoli*), Carolina Bonaparte, viuda del ex-rey de Nápoles Joaquín Murat; perteneció después al conde de Blancas, y en 1844 fué adquirida por la duquesa de Angulema, y habitada sucesivamente por esta ilustre princesa y por el conde de Chambord.

Tampoco tiene Frohsdorf ninguna apariencia de morada feudal: su larga fachada presenta el aspecto de una gran casa alemana, con nueve ventanas flanqueadas de columnas con capiteles corintios, y en cuyo frontón triangular se destaca el escudo de Francia, esculpido en blanca piedra, con tres flores de lis y la corona real; en la fachada posterior existe un torreón circular, cimentado en profundo foso, únicos restos del primitivo castillo de Crottendorf; detrás se extiende el parque, terminado en *square*, estilo inglés; al Oeste se descubre en lontananza una vastísima llanura al pie de la cadena de montañas de la Styria, que enlazan los Alpes con los Carpathos.

El interior es bellissimo, desde el vestíbulo y las caballerizas hasta el gabinete de trabajo, el gran salón *des Oiseaux* y la soberbia capilla, reconstruída en 1859 por artistas venecianos, y cuyos muros son planchas de mármol con preciosos adornos en bronce cincelado, en las que se ostentan cuatro grandes cuadros de buenos maestros, y en el altar, bello retablo en bajo-relieve, de mármol de Carrara, un riquísimo tabernáculo forrado de láminas de oro, y adornado con esmaltes que figuran ramas de flores de lis.

La casa tiene dos pisos y el bajo: en éste se hallaba situada la habitación particular del conde de Chambord, la misma que ocupó la señora duquesa de Angulema, y en el principal, la de la señora Condesa; pero aquel príncipe habitó, desde el principio de su enfermedad, el *salón gris*, llamado así por el color de la tapicería y mobiliario, que forma ángulo en las alas del Sud y Oeste de la casa: es un ancho salón cuadrado, que recibe luz por cuatro ventanas, dos al parque y dos al jardín reservado; en el centro estaba el lecho, de caoba, sencillo, sin cortinaje y adosada la cabecera á la pared; adornan las paredes buenos cuadros religiosos de escuelas italianas, transportados del palacio Cavalli, de Venecia; en un ángulo hay un busto en mármol, del Conde, tamaño natural, obra del escultor Verret, y en la chimenea, que también es de mármol, una artística guarnición, reloj y jarrones, que perteneció á Luis XVI; en una mesa ovalada, entre dos ventanas, se ven algunos libros y los periódicos del día; en varios estantes más libros y muchos objetos de fantasía, como estatuillas, bronceos, etc.

En esta habitación es donde ha muerto el ilustre Conde, extinguiéndose con él la rama primogénita de los Borbones de Francia. El castillo ó palacio de Frohsdorf será siempre memorable en la historia por haber recogido el último suspiro de tan gloriosa dinastía de reyes cristianos.

1 Además y durante la Cuaresma se exponen á la veneración de los fieles otros tres grandes fragmentos de la Cruz en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén. — Por lo que respecta á la reliquia de que más arriba hemos hecho mención, advertiremos que pertenece á la capilla pontificia, cuyo depósito confió el Papa Pío IX (Q. S. G. H.) al Capítulo de San Pedro. (*Manuel des cérémonies qui ont lieu pendant la Semaine Sainte et l'Octave de Pâques au Vatican*, pág. 56.)

PORTADA Y PATIO DE LA CASA DE ZAPORTA, MÁS COMUNEMENTE CONOCIDA POR CASA DE LA INFANTA EN ZARAGOZA.

Es uno de los más bellos monumentos platerescos que existen en Zaragoza. Fué construido en el siglo XVI por la ilustre familia de los Zaportas y cambió su nombre por el de la Infanta, á consecuencia de haber residido allí á fines del siglo pasado la Valabriga, esposa del infante D. Luis, desterrado, por su desigual enlace, á Zaragoza.

Rodean el cuadrado recinto de su piso bajo ocho columnas istriadas en su parte inferior y graciosamente formadas desde el anillo arriba por grupos de tres figuras como de sátiros y de ninfas, que enlazadas por los brazos y cubiertas de la cintura abajo con paños y guirnaldas, sostienen en sus cabezas el capitel. Sobre éste descansan acurrucados dos mascarones de hombres, mujeres y animales, sirviendo de imposta para aguantar el friso, delicadamente esculpido, con una greca de follajes, monstruos y medallones; de una cornisa dentellada arranca la galería superior, presentando seis arcaídas por lado, y profusión, variedad y primor de relieves por todas partes; los pedestales de sus ligeras abalastradas columnas llevan esculpido un mascarón; adornan el antepecho medallones con bustos de gran tamaño, cuáles revestidos de armadura, cuáles con el traje del siglo XVI, y todos con espada desenvainada; el arquivalto de los redondos arcos se ve artesonado, sus enjutas ocupadas por pequeños grupos de figuras y animales, su cornisa sostenida por ménsulas y ligeramente labrada.

La escalera no desdice del patio, y en cuanto á la portada principal, ninguna descripción mejor que la exacta reproducción por el grabado.

La casa de la Infanta, después de dolorosas mutilaciones, ha sido restaurada para servir de *cosiur*, que es el destino actual de la casa de los Zaportas.

LA CÁMARA MORTUORIA DEL SEÑOR CONDE DE CHAMBORD, EN EL ACTO DE ADMINISTRAR AL ILUSTRE ENFERMO LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS.

La sala es la descrita anteriormente, y la ceremonia por sí misma se explica. El abate Buré y el P. Boll son los que como ministros del Señor administran al ilustre enfermo los últimos auxilios de la Religión.

La condesa de Chambord, que durante la larga enfermedad de su esposo no se ha separado un punto de su lado, aparece en esta trágica escena, entregada al dolor y á la oración, que es único bálsamo. Los príncipes, parientes del Conde, como D. Carlos, el conde de Bardí, se hallan presentes á la ceremonia. Los inmediatos servidores del rey muribundo rodean también el lecho, donde pronto va á concluir la rama primogénita de la ilustre Casa de Francia.

El conde de Chambord desplegó en los últimos momentos de su vida un valor sólo comparable con su piedad. Tuvo la muerte de un justo, premio natural de quien, como él, había vivido como un buen cristiano. R. I. P.

IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD EN BARBATONA.

(Véase la carta de la página 517).

COSTUMBRES POPULARES

UN DÍA DE SIEGA

I

Los primeros albores de un día del mes de Julio comenzaban á manifestarse bajo un claro y límpido cielo hermozeado por algunas sonrosadas nubecillas que, cual estratos prolongados, se cernían hacia el Oriente. La naturaleza empezaba á sentir, digámoslo así, ese regocijo que siempre la alegra cuando el hermoso astro del día viene á derramar sobre ella su influencia bienhechora por doquier; por eso se engalanaba con los rientes colores del alba y entonaba al Criador un himno misterioso que de mil harpadas lenguas salía; himno de acción de gracias por el nuevo beneficio que se dignaba conceder á los mortales.

Las cuatro de la mañana serían, cuando los segadores abandonaban el pobre camastro en que habían descansado aquella noche y preparaban lo necesario para marchar á la heredad donde habían dejado el *tajo* el día anterior.

Aunque yo no soy muy madrugador en los días de verano, bajé aquella mañana al portal de mi casa á tiempo que los *peones* estaban aún calzándose las abarcas, ese calzado característico del labrador de nuestro país.

— Levántate, Aquilino, decía uno de ellos á otro que todavía seguía tendido, sin hacer caso de que los demás ya estaban preparados.

— Déjale, Francisco, déjale que se ahite de dormir.

— Pero, hombre, ¿no ves que ya van á dar las cinco? ¡Arriba, *camándula*, arriba!

Y dando mil bostezos se levantó el buen Aquilino, con gran duelo de su corazón sin duda.

— Parece que estás esta mañana muy vividor para lo que acostumbrabas, Franchito, dijo al que primero le había hablado.

— ¿Pues no he de estar, hombre de Dios! ¡si es ya tal hora! Y además, que como decía á sus oyentes aquel fraile que se perdió en el sermón: — Señores, ¡á predicar me ganaréis pero á pantorrilla no! Lo mismo te diré yo siempre: A cualquier cosa me ganarás, pero á madrugar no.

— ¡Bueno, bueno! repuso el Aquilino, tarde vas á concluir con tus cuentos si tan pronto empiezas.

— Seré yo como vosotros, que estais ahí medio aburridos; veréis como en cuanto nos pongamos en camino empiezo á cantar. Pero tú, don zángano, se conoce que tienes párpados de plomo esta mañana. ¡Avíate, hombre, avíate.

— No te canses mucho por mí, Franchute, que ya estoy pronto. Y el Mamerto ¿dónde se ha ido?

— Está ya aparejando las mulas, dijo mi padre, que entonces bajaba de dormir para marcharse con los segadores.

— Pues adelante y vámonos, que ya es tarde.

Y sin hablar más palabra se marcharon, ó mejor dicho, nos marchamos, pues yo también quise acompañarles aquel día por pasarlo en el campo, ver el hermoso trigo que iban á segar y oír las ocurrencias del Francisco, cuyo buen humor bien conocido nos era y los cuentos con que á menudo mi abuelo, que también con nosotros venía, amenizaba la siega.

La mañana, como he dicho, era hermosísima. La brisa matinal no valía mover siquiera las débiles hojas de los árboles, ni las doradas cabezas de las espigas. Todo presagiaba un día calurosísimo.

— ¿Franchito? dijo el Mamerto, á ver si nos *tiras un golpe de cántico*.

— Tienes razón, hombre, dijo mi abuelo, que te olvidas de cantar esta mañana.

— Y á la verdad, añadió mi hermano, que no puede estar mejor la mañana para cantar. Está hermosísima.

— Vamos, cántanos una copla.

— Ya voy ¡hombre de Dios! ya voy. No seas tan mohinos. Estoy discurriendo ahora.

Y al instante se puso á cantar, con la graciosa sal que á sus canciones daba el tono peculiar de los segadores, la siguiente copla:

Una piedra de amolar
Tengo para mi consuelo.
Y cuando me veo triste
Saco la piedra y me amuelo.

— ¡Bien, hombre, bien! exclamó el Aquilino entusiasmado con el cantar del Franchito. Ya vemos que estás de humor esta mañana.

— Os he dicho que valéis para nada vosotros. Y os lo repito ahora.

— Venga otro cantar, Francisco.

— Allá va, Fray Alberto, allá va.

Dice el sabio Salomón,
Que la mujer que se mira
Es tan importante al hombre
Como el atarre á un borrico
Al subir la cuesta arriba.

— ¡Bravo, bravo! Ese es un verso muy original, dijimos todos á una voz.

— Y muy verdadero, respondió el Francisco. ¿Creen ustedes que yo no sé verdades? Pues las sé tan grandes como esta.

— Verdades de á folio ¿no es así?

— Así es, señores míos, repuso con énfasis marcado.

— ¡Caramba, bien, hombre, bien! dijo mi abuelo. Hoy tienes que alegrarnos el tajo con tus chistosos cantares.

— Con tal de que usted, tío Mariano, me interrumpa con alguna historieta de cuando en cuando.

— Allá veremos, hombre, allá veremos.

— Ya hemos llegado, dijo mi padre apeándose.

— Y en efecto, habíamos llegado ya al campo que iban á segar aquel día. El Aquilino, el Francisco y el Mamerto desliaron silenciosamente sus hoces y dieron principio á la faena.

El sol enviaba entonces sus primeros rayos, que producían no muy buen efecto en los casi adormecidos miembros de los segadores.

La tarea del segador es un ejercicio en extremo cansado, por el continuo movimiento de los brazos y del cuerpo todo; mas esta fatiga se amortigua algún tanto con las canciones que los peones de vez en cuando entonan, procurando con ellas distraer el ánimo para no fijarse y hacer menos penoso el trabajo de la siega. A veces también la alegría que ocasiona la vista de un trigo bueno, sostiene la animación y las fuerzas, causando el efecto contrario un campo malo que, como dicen los segadores, hace doler los riñones con sólo verlo.

El trigo que aquel día segaban, estaba, como decían todos, *para alabar á Dios*, y el humor de los braceros también era inmejorable. Así no era extraño que los diálogos menudearan, siendo interrumpidos á veces por alguna copla de mi abuelo ó del Francisco.

Las coplas solían ser también avisos particulares con que los peones indicaban la hora de comer, de beber vino ó agua, cosas que necesitan con frecuencia.

La canción siguiente era la petición formal de la bota.

Quando vino Dios al mundo
Vino por un *aliagar*,
El vino porque convino;
Y el vino, ¿cuando vendrá?

La bota iba entonces en brazos del acarreador á parar en manos de los peones que, echándose la *á pechos*, permanecían con ella mirando al cielo un fuerte rato, porque eso sí, el vino lo cuelan admirablemente.

Quando querían almorzar ó comer, ó alguna de las muchas otras meriendas intermedias que durante el día de siega hacen, se valían de otras canciones no menos intencionadas y expresivas que la anterior, semejantes á esta del Francisco:

Yo quisiera embelesarte
Con mis pobres cantoreillos;
Pero más quisiera ahora
Empezar los *bocadillos*.

Los bocadillos es una comida que los peones hacen intermedia entre el almuerzo y la comida propiamente tal; su hora es las diez y media generalmente.

Los segadores están en la creencia de que las fuerzas se sostienen con el mucho comer; así, que de ordinario hacen cinco ó hasta seis comidas diarias. Al salir de casa por la mañana toman un bocadito consistente en un pedazo de torta con un poco de queso ó por lo menos una copa de aguardiente; á las ocho ó ocho y media almuerzan, toman los bocadillos de diez á once, comen á la una, meriendan á las cinco y cenan después en casa cuando vuelven á la noche, ó en el campo cuando terminan su faena si, como sucede muchas veces, pasan también la noche al raso. En cuanto á beber vino, lo hacen con mucha más frecuencia. Algunos piden la bota de cuarto á cuarto de hora, y á veces á intervalos menores.

No sé si será verdad que comiendo con exceso se neutralizan los efectos del trabajo excesivo, creo que al menos en absoluto no debe ser así, pues sólo el descanso proporcionado unido al alimento conveniente es, á mi parecer, el restaurador de las fuerzas que el trabajo deteriora. Mas sea de esto lo que quiera, la práctica común de los segadores es comer mucho y bien, bebiendo además vino en abundancia.

Pero puesto que todas estas menudencias que yo he referido, maldita la gracia ni el interés que para mis lectores tienen, porque para el que las sepa son superfluas, y para el que no, tampoco son necesarias, voy aquí á poner punto y aparte.

II

El día estaba calurosísimo. La mañana había pasado y eran ya las dos de la tarde cuando nos levantábamos de comer. La atmósfera, pesada como plomo, y el sol abrasador, amortiguaban el alegre genio de nuestros amigos, que segaban silenciosos limpiándose de cuando en cuando el copioso sudor que por sus frentes corría. Solamente Francisco se esforzaba por conservar algún resto siquiera del buen humor de la mañana, y deseando reanimar también á sus amigos, empezó á cantar esta filosófica copla:

¡Oh mundo que te diviertes
Sin mirar al labrador,
Cuánto agradecer debieras
Las gotas de su sudor!

Como se ve, las coplas del Francisco no se sujetaban á las reglas de la poética, pues tan pronto echaba mano del consonante como del asonante en sus rimas, pero en cambio no dejaban de ser intencionadas unas y alegres otras.

— También tú tienes sentencias de sabio, dijo el Mamerto cuando el Francisco terminó su canto.

— ¿Sentencias? Ya lo creo que son buenas, amigo mío. Porque, ¿no te parece á ti que mientras nosotros estamos segando habrá algunos señores que estarán tan reposadicos echándose la siesta? Y luego que se levanten nada más á divertirse, sin pensar ni un momento siquiera en los que estamos trabajando al sol todo el santo día.

— ¡Bribones! Yo creo, dijo el Aquilino, que el mundo no debiera estar así. Todos debíamos sacar con azada el pan de la tierra, y el más hondo debía ser el más blanco.

— Veríamos entonces quién se chupaba la breva; ¿no es así Aquilino?

— Así es, Franchute, así es. De seguro que tú, según lo holgazán que eres, habías de comer poco pan blanco.

— Los que lo comerían bien negro, añadió el Mamerto, son los vagos de los pantalones.

— ¡Quién estuviera como esos que tú dices! respondió Francisco.

— Pues yo, chico, dijo el Aquilino, mejor quería verlos á ellos como yo que no yo estar como ellos. ¡Lástima!

La conversación languidecía poco á poco, porque después de comer y con tanto calor no era la hora más á propósito para hablar.

El asunto sobre que había versado es el tema casi universal de las conferencias veraniegas de los labradores y los jornaleros que les ayudan en la recolección. Y aunque generalmente en estas conversaciones en que expresan su envidia á los que están á la sombra son injustos para con los demás, pues no consideran que cada uno, sea cualesquiera el oficio que desempeñe ó la posición social en que se halle, tiene también sus trabajos más ó menos rudos, su siega á veces más penosa que la del labrador, sin embargo, con respecto á determinada parte de la sociedad no dejan de llevar algún fundamento en sus apreciaciones. El mundo, que durante este tiempo goza, ríe y se divierte sin otro afán que correr en pos de los placeres, cual las mariposas que revolotean en torno de la luz, insulta descaradamente al labrador que suda y no descansa recogiendo el pan, la base de la alimentación social, mientras que él, el mundo elegante, ni siquiera dedica un recuerdo á los que así el sustento le proporcionan. La vida está llena de contrastes; mas esos producen el mismo efecto que una música alegre en unos funerales.

El sol mitigaba algún tanto sus ardores. La tarde pasaba poco á poco y ya había llegado la hora de merendar.

Cuando el tajo se levantó de la merienda, el refuerzo que al estómago habían dado y el fresco de la tarde, convidaban á reanudar la conversación interrumpida. No tardó esto en verificarse.

— Tío Mariano — dijo el Francisco, dirigiéndose á mi abuelo — está usted muy callado todo el día. Pues ya le toca á usted el decirnos alguna cosilla.

— ¿Y qué queréis que os diga yo ahora? — respondió mi abuelo.

— Usted lo sabe mejor que nosotros lo que queremos — replicó el Mamerto.

— Lo peor es — dijo mi abuelo — que yo no estoy de humor ahora para decirnos nada alegre.

— Sea lo que quiera, díganos usted algo.

— Bueno, si así lo queréis, sea. ¿Veis aquella cruz que hay encima de ese cerrillo? — preguntó mi abuelo, aparentando dar otro giro á la conversación.

— ¿La Cruz de las Peñuelas?

— La misma. Pues esa cruz tiene un misterio que vosotros no sabréis tal vez.

— No sabemos nada. ¿Es acaso alguno que murió en ese sitio?

— No creo que muriera nadie ahí, ó al menos, si así fué, no pusieron la cruz por eso en esta altura que domina todos los sembrados.

— Pues ¿por qué la pusieron?

— Os acordáis de cuánto tiempo hace que no se han apedreado los trigos en este pueblo?

— Mucho debe hacer, sin duda, porque yo no recuerdo que nunca haya sucedido. Dicen que no caen aquí pedriscos, por la cordillera de sierra que está cerca. Las nubes de tronada que vienen por acá, al llegar á la sierra, ó se dividen, ó cambian de dirección, ó bien descargan allí.

— Pues yo creo — dijo mi abuelo — que la sierra no influye nada en las tormentas, al menos en las que vienen por el lado opuesto al que tú nos dices.

— Verdad es — contestó el Aquilino. — Mas en ese caso influirá la campana, porque, según dicen, tiene gracia especial para ahuyentar las nubes.

— No sé yo tampoco si la campana grande hará algo. Dicen que es muy buena, pero tampoco creo yo que sea esa la causa de no apedrearse.

— Pues entonces, ¿cuál es? ¿Será la casualidad?

— No es la casualidad tampoco, porque yo he leído en un libro de mi nieto, que la casualidad no es nada. Es la Cruz de las Peñuelas que allí veis. Escuchad un suceso que yo mismo he presenciado, y veréis como la Cruz esa tiene la virtud que yo y los demás ancianos le atribuímos.

— Cuéntelo usted, tío Mariano, cuéntelo usted.

III

— Hará cosa de unos sesenta años — dijo mi abuelo, empezando su relato — que vinieron á este pueblo unos misioneros frailes jesuitas, según creo. Entonces era yo muchacho, mozelote, pues me acuerdo que acarrea ya. Tuvieron los frailes ocho días de misiones, y hacían llorar todas las noches á los que á sus sermones íbamos. ¡Si les hubierais oído! ¡Aquello si que era predicar, y no estos curas de ahora!

(Mi abuelo, en su cualidad de viejo, seguía la costumbre que los viejos tienen de alabar lo pasado y vituperar lo presente.)

La víspera del día en que se iban á marchar, colocaron en la iglesia, para recuerdo de la misión, una cruz muy grande, pues la tuvieron que traer entre tres ó cuatro hombres. Mas al día siguiente de poner la cruz, y cuando los Padres misioneros se despedían para marcharse, el cielo, cubierto de nubes, presentó un aspecto imponente, amenazador.

Era en el mes de Junio y todos temíamos por nuestros trigos, seriamente amenazados por la tempestad.

De pronto resonaron ronc truenos, precursores de la tormenta que se presentaba ya formidable y aterradora.

El alcalde y el pueblo todo, acudimos á los Padres jesuitas, quienes nos reunieron en la iglesia y nos mandaron rezar el Santo Rosario.

Mientras tanto, el P. Jacinto, que era el superior, mandó á seis hombres que sacasen la cruz de la iglesia y la llevasen á una altura, desde la que dominara todos ó la mayor parte de los trigos.

Los seis hombres se marcharon con la cruz y los demás nos quedamos rezando.

La tempestad se desencadenó con una violencia verdaderamente asoladora. Los truenos se sucedían unos á otros, aturdiéndonos con su retumbante ruido, los relámpagos iluminaban á intervalos vivísimamente hasta el interior del templo donde estábamos. Horrible granizada caía al mismo tiempo por doquiera.

Dos horas duró la tormenta, dos horas angustiosas, interminables para todos nosotros.

Los misioneros estaban desconsolados y lloraban pidiendo á Dios de todas veras misericordia para nuestro pobre pueblo. Toda la iglesia era un llanto general.

Cuando salimos de allí, la tempestad había cesado; el suelo se veía blanco de granizos, y el agua había penetrado en la mayor parte de nuestras casas.

— ¿Qué habrá sido de los trigos? — decían todos.

Y la única respuesta que á esta natural pregunta se daban, era el triste presagio de: «¡Dios mío! ¡Todo se habrá perdido!

Mas, hé aquí que cuando todos estábamos aún en la puerta de la iglesia, sin dar un paso para cerciorarnos del estrago producido por la granizada, vimos venir á los seis hombres que el P. Jacinto había mandado á llevar la cruz.

Salimos presurosos á su encuentro, y al llegar á ellos, les preguntamos con la ansiedad consiguiente, cuál había sido la suerte de nuestra cosecha.

— ¡Los trigos se han salvado! — nos dijeron emocionados de alegría. — La cruz bendita fué la que los libró del peligro.

— Cuando nosotros — continuaron — llevábamos en hombros la cruz, andando todo lo apriesa que su peso nos permitía, la nube estaba encima de nuestras cabezas, y ya empezaban á caer algunos granizos que nos auguraban mal desenlace. Mas al momento que llegamos á lo alto de las Peñuelas y allí en la cima del cerro, enarbolamos la cruz, la nube se retiró de nosotros como por encanto, sin haber hecho el menor daño á ninguno de cuantos trigos desde la cruz se divisaban, y ya sabéis que aquel cerro domina todo el pago de arriba, que tenemos este año de siembra.

Una general exclamación de alegría acogió aquellas palabras ó explicaciones de los emisarios de la cruz, que bien me acuerdo, uno de ellos era mi padre, y otro el tío Franchazo, á quien todos vosotros habéis conocido.

— ¡Milagro! ¡milagro! — gritábamos, en medio de una algazara indescriptible.

Y entrando otra vez á la iglesia, los misioneros cantaron un solemne *Te Deum* en acción de gracias, y nos echaron un sermónico que daba gusto y contento el oírlo. Como antes habíamos llorado de tristeza, ahora llorábamos de alegría. Nos exhortaron, sin embargo, á no impresionarnos tanto, ni tener tan grande apego á las riquezas materiales.

Lo que los hombres de la cruz nos habían dicho, era demasiado cierto. La nube había descargado en el pueblo y en la parte de los barbechos, dejando arruinados también á los pueblos vecinos.

Los Padres misioneros ya no se marcharon aquel día, y al siguiente organizaron una procesión á la cruz: el P. Jacinto la bendijo y la fijamos definitivamente en el lugar donde la veis ahora.

La cruz siguió en ese sitio veinte años lo menos, y durante este tiempo, ni una sola vez vimos apedreados nuestros trigos.

Mas, hé aquí que un año, un pastor mal intencionado cortó con un hacha el pie de la cruz, deján-

dola derribada y más corta de lo que antes era.

El Sr. Cura que entonces había, porque la cruz no se profanase, la mandó traer á la iglesia del pueblo.

En la iglesia estuvo dos años, durante los cuales, parece que la maldición de Dios cayó sobre nosotros, pues los dos años se nos apedreó la cosecha por completo, y al primero murió, herido de un rayo, el sacrilego pastor que había tenido la osadía de cortar la cruz y derribarla.

Viendo estos sucesos, y teniéndolos por un aviso del cielo, el Sr. Cura volvió inmediatamente á traer la cruz donde está, y desde entonces no ha vuelto á caer piedra en nuestro término.

Esta es la leyenda de la Cruz de las Peñuelas.¹ Así concluyó mi abuelo su interesante narración, á la que todos prestamos religioso silencio.

La tarde ya declinaba y el sol, próximo á hundirse en el ocaso, enviaba sus postrimeros rayos á la tierra.

Los segadores se animaban viendo el cercano fin de su tarea, porque en el trabajo, como en el sufrimiento, el próximo fin alegre, del mismo modo que, en el gozar ó en el divertirse, la perspectiva de un fin es causa de tristeza.

El Francisco quiso concluir por la tarde como había empezado por la mañana, y para no desmentir su alegre humor, nos enjaretó el siguiente cantar de despedida:

Ya se va poniendo el sol,
Ya hacen sombra los terrones,
Ya se entristecen los amos
Y se agran los peones.

Concluyeron de segar poco después de haberse puesto el sol. Entonces tomamos el camino para casa, esperando entregarnos á un tranquilo sueño que compensase las fatigas de aquel penoso día. Así sucedió, en efecto, pues todos (incluso yo, que aunque no había segado, vine también con un cansancio mayúsculo) dormimos á pierna suelta.

Aquella noche pude yo apreciar la verdad que encierra la siguiente máxima: «El sueño es la mayor riqueza del pobre.»

IV

Cuatro palabras para concluir. Siendo yo en mis escritos tan desgraciado como el célebre Orbaneja en sus pinturas, tengo necesidad de poner al pie de estas líneas lo que en ellas me proponía; de otro modo, tal vez mis lectores no conozcan si la pintura anterior quiere significar un gallo ó una zorra.

Poco les importará á ustedes, sea ó no verdad, lo que acabo de contarles, y desde luego les concedo amplia licencia para creer ó no creer el caso concreto que les refiero; pero las costumbres de la siega, en la mayor parte de los pueblos de nuestra España, son las mismas que yo he reseñado, supliendo, no obstante, en los discursos de los segadores, algo de gramática castellana que les falta, y quitando también algo de gramática parda que les sobra.

Si los peones están en una casa honrada y cristiana cual debe ser, de ningún modo se permiten en el tajo palabras, ni bromas, ni chanzonetas ofensivas á la moral y á la Religión; únicamente se reduce todo á alegres cantares con alguno que otro intencionado cuentecillo, que sirve de solaz y recreo al ánimo, alentándole á proseguir su trabajo con perseverancia hasta el fin.

Si el amo queda satisfecho del trabajo de sus peones, les suele dar un regalillo cuando se marchan á su tierra, por lo menos un rollo ó una torta para el camino, invitándoles al mismo tiempo á segar en su casa en el año venidero. Ellos se despiden deseando á su amo buenas cosechas para lo sucesivo, y al volver á su país entregan las ganancias al jefe de la cuadrilla, quien las reparte por igual entre todos los trabajadores.

Todo esto indica claramente que el estado del jornalero en España depende tan sólo de su comportamiento con los amos. Estos le consideran, no como esclavo, sino como amigo que viene á trabajar su hacienda. Los criados, generalmente, comen en la misma mesa de los amos; y esta es una costumbre casi exclusiva de España, que va cayendo en desuso á medida que las modernas ideas democráticas van sustituyendo á las antiguas tradiciones españolas.

¡Ah! Yo no he estado nunca en Inglaterra, ni sé

¹ En casi todos los pueblos y aldeas de aquella tierra, hay cruces que tienen misterio contra las tronadas, por alguna leyenda semejante á la que refirió mi abuelo. Aunque no deja de haber mucha credulidad en estos cuentos, juzgo, no obstante, demasiado dura la calificación de ignorantes fanáticos, que á los creyentes de tales cosas, no destituidas de fundamento, suele aplicarse.

Ayuntamiento de Madrid

por lo tanto lo que allí pasa con los obreros; pero las ideas que de ese nebuloso país nos vienen, causa de las *huelgas*, tan frecuentes ahora, nos dicen con bastante claridad las aspiraciones de todos.

Losamos considerar á los criados como seres inferiores, y el principio de la explotación del hombre por el hombre, es el único ideal que gobierna sus actos y les rige en sus numerosas especulaciones industriales y comerciales. Del mismo modo, los criados, heridos en su orgullo por la presión que sufren y el depreciativo desdén de que son objeto, aspiran incesantemente á suplantar á sus señores, quieren sacudir la esclavitud que sobre ellos pesa, para oprimir á su vez á otros con su férreo yugo.

Entre la España tradicional y la pérfida Albión, hay casi la misma diferencia que entre el catolicismo y el protestantismo: la misma que entre Felipe II é Isabel de Inglaterra. El hermoso cielo de nuestra patria y las brumas que continuamente á la Britania envuelven, nos dan una idea bien clara de la gran semejanza que existe entre el carácter español y el carácter inglés. Mas por desgracia, las diferencias que acabo de expresar, solamente pueden referirse á los tiempos pasados, pues ahora, aunque no del todo, nos vamos identificando poco á poco, merced al liberalismo que, donde quiera, que domine, trastorna las cosas, los hombres y las naciones.

Parécenme los obreros ingleses, que trabajan incesantemente por un puñado de francos mensuales, sin ver apenas la luz del día, convertidos casi en mecánicos instrumentos de las grandes y férreas máquinas que dirigen; veo en sus frentes ennegrecidas, en su rostro demacrado, en su mirada torva, el espectro del socialismo que á nuestras sociedades amenaza.

Desde el momento en que las doctrinas del Cristianismo se abandonen, cuando el amo no vea un hermano en cada criado que le sirve, cuando el criado no sirva á su señor con conciencia de su trabajo, nada bueno debemos esperar y cualquier cosa infausta podemos temer.

¡Cuántas saludables enseñanzas contienen las antiguas y tradicionales costumbres españolas!

Conservémoslas siempre puras, como puro es el cielo que á nuestra nación cobija.

28 de Julio de 1883.

BENIGNO BOLAÑOS Y SANZ.

Nuestro querido amigo D. José Oriol Doderó, Vicepresidente de la Asociación de católicos de Barcelona, ha sido agraciado por Su Santidad León XIII con el honroso título de *Camarero secreto de capa y espada*. El Sr. Doderó es un católico inteligente, celoso é incansable, y no há mucho que el Rdo. Obispo de Urgel le nombró su Veguer en Andorra, para resolver las difíciles cuestiones que se promovieron en la pequeña República pirenaica.

Falta hacen en España católicos como el señor Doderó.



N. SRA. DE LA SALUD DE BARBATONA.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Ferrocarriles españoles. — La extensión de vía férrea explotada por diversas compañías de ferrocarriles españoles, es la siguiente:

Norte de España.	1.734 kilómetros
Asturias, Galicia y León.	434 —
Madrid á Zaragoza y Alicante.	1.542 —
Ciudad-Real á Badajoz.	576 —
Tarragona á Barcelona y Francia.	347 —
Almansa á Valencia.	393 —
Andalucía.	642 —
Línea del Tajo.	235 —
Medina á Zamora y Orense á Vigo.	147 —
Medina del Campo á Salamanca.	77 —
Lérida á Reus y Tarragona.	103 —
Mérida á Sevilla.	100 —
Líneas carboníferas de Aragón.	70 —
San Juan de las Abadesas.	49 —
San Juan del Puerto.	49 —
Tarsis al Odiel.	46 —
Langreo.	43 —
Línea compostelana.	42 —
Carcagente á Gandía.	36 —
Ría de Bilbao.	8 —
Barcelona á Sarriá.	5 —
Líneas de Mallorca.	72 —

ADVERTENCIAS

Ya se han repartido á los suscritores que hasta la fecha las han solicitado, las cubiertas para encuadernar los tomos de LA ILUSTRACIÓN. Habiendo resultado algo más caras de lo que pensamos, ha sido preciso subir una peseta su precio. Se remitirán al precio de cinco pesetas cada juego de tapas. Por el buen gusto con que están hechas y por su solidez, compatible con la elegancia, bien puede asegurarse que son baratísimas.

Nosotros estamos satisfechos de haber interpretado el gusto de nuestros amigos.

El suplemento titulado *La Riqueza del Hogar*, revista de labores domésticas, que por dos reales al mes repartimos á los suscritores de LA ILUSTRACIÓN, está dando un feliz resultado, lo cual nos anima para pensar en mejorarlo cuando la suscripción llegue al tipo que hemos calculado necesario para cubrir gastos.

Salen tres números al mes, llenos de grabados, y se reparten con LA ILUSTRACIÓN. De los seis primeros números de *La Riqueza del Hogar* no se ha podido hacer edición especial, de modo que tiene una cabeza distinta, bastante menos artística por cierto que la de nuestro suplemento. Sin embargo, los suscritores que deseen poseer esos números pueden avisarnos y los recibirán al mismo precio que el suplemento.

Perseveramos en la idea de mejorar este ensayo, si vemos que el público nos ayuda y nos favorecen, sobre todo, las madres de familia, á las cuales va dedicado.

Suplicamos con vivo encarecimiento á los suscritores que no hayan abonado el importe de su renovación, que lo hagan lo más pronto posible, porque se nos siguen graves perjuicios con los atrasos de la suscripción.

Cuando es tan fácil, al que no quiera continuar, devolver un número, nosotros creemos que todos los que lo reciben es porque permanecen siendo suscritores. Por eso no suspendemos el envío del periódico. Los suscritores deben corresponder á nuestra confianza con la puntualidad en las renovaciones.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid